

timar las reyertas, el oportunismo, la destrucción coordinada y los rituales violentos. Vivir para aprender.

Los brutales ataques aéreos al World Trade Center de Nueva York y al Pentágono en Washington [de septiembre de 2001], se produjeron cuando el libro ya estaba bastante avanzado. Estos y, tal vez aún más, la discusión pública a que dieron lugar son los responsables de que en esta obra se hable del terrorismo más de lo que inicialmente estaba previsto. Sigo creyendo que el terror es una estrategia política recurrente adoptada por una amplia variedad de actores, más que un credo, más que una variedad específica de política o más que la obra de un tipo específico de personas. No obstante, la preocupación pública por los terroristas ha hecho que me ocupe de los ataques repentinos o clandestinos a objetivos civiles más extensamente de lo que era mi intención y que explique también más extensamente y en detalle las relaciones entre ese tipo de acciones y otras modalidades de conflicto político. Espero que mi análisis ayude a los lectores a repensar su propia forma de entender tanto el terror como las políticas públicas destinadas a combatirlo.

Existe todo un número de exigentes lectores que me han ayudado a aprender de mi experiencia. Quiero dar mis más sinceras gracias por sus críticas, su información y sus consejos a Rod Aya, Thomas Bernstein, Christian Davenport, Carmenza Gallo, Herbert Gans, Michael Hanagan, Hanspeter Kriesi, Fernando López-Alves, David Stowell, Sidney Tarrow, Sudhir Venkatesh, Elisabeth Wood, Virginia Zelizer y a dos lectores anónimos de Cambridge University Press. El público de las universidades de Yale y Columbia también sometió determinadas partes de esta obra a una saludable crítica.

Algunos fragmentos del libro son adaptación del artículo «State-Incited Violence, 1900–1999», en *Political Power and Social Theory* 9 (1995): 161–179.

Y ahora ha llegado el momento de encontrar nuevos errores y, tal vez, corregirlos también.

# I

## Modalidades de violencia

### TRES ESTAMPAS VIOLENTAS

#### 1. COWBOYS QUE DISPARAN A COWBOYS. «LOS VAQUEROS UTILIZABAN las pistolas», según escribe David Courtwright sobre el Oeste americano,

para representar toda una serie de papeles. El más letal de todos era el de *nemo me inipugnat*, «a mí nadie me pone en entredicho». Harry French, guardafrenos del ferrocarril en Kansas, presenció una pelea entre dos vaqueros que viajaban en el furgón de cola de su tren de ganado. Empezó durante una partida de cartas en la que alguien dijo: «no me gusta jugar a cartas con el suelo sucio» [*dirty deck*]. Un vaquero del equipo contrario entendió que había dicho «con alguien con el cuello sucio» [*dirty neck*]. Al acabar el tiroteo, una persona yacía muerta en el suelo y tres estaban heridas de gravedad (Courtwright, 1996: 92).

Siempre que se juntaban hombres jóvenes y solteros como los vaqueros durante largos periodos y sin una rigurosa disciplina, afirma Courtwright, había violencia. Cuando el grupo tenía acceso al alcohol, al juego y a las pistolas, la violencia era más frecuente y más letal. En la historia norteamericana ha existido una cantidad excepcional de ocasiones para ese tipo de reuniones. La mayoría de ellas eran consecuencia de la rápida migración de hombres jóvenes en busca de las nuevas oportunidades que suponían ocasiones tales como los asentamientos fronterizos, el aumento de las explotaciones ganaderas, la construcción del ferrocarril y las minas de oro. No obstante, recientemente han surgido circunstancias equivalentes en las grandes ciudades, cuando las drogas y la inestabilidad familiar han reunido en la calle a un gran número de hombres jóvenes. Es por esa razón que, según Courtwright, la violencia virulenta de las grandes ciudades se debe al parecido que estas guardan con las ciudades fronterizas: ambos lugares albergan toda una concentración de varones jóvenes y solteros, descontrolados y armados.

2. Campesinos que atentan contra cosechadoras y terratenientes. El etnógrafo político James Scott ha seguido la vida social y los cambios sociales de un pueblo de Malasia desde la década de 1970. Al principio de sus estudios, presenció un episodio de violencia bastante distinto de los tiroteos del salvaje Oeste americano:

Cuando, en 1976, las cosechadoras mecánicas empezaron a comerse seriamente los salarios de los campesinos pobres, la región entera experimentó una oleada de rotura de máquinas y sabotajes que recordaba a la de los años de 1830 en Inglaterra. Las autoridades provinciales lo calificaron de «vandalismo» y «robo», pero estaba claro que existía una campaña nocturna generalizada para evitar el uso de las cosechadoras. Se les quitaban las baterías y se las arrojaba a las acequias de riego; se hacían pedazos los carburadores (sic) y otras partes vitales como los delcos; se introducían barro y arena en los depósitos de gasolina; se usaban diversos objetos (piedras, alambre, clavos) para atascar las barrenas; se derribaban cocoteros sobre los caminos de las cosechadoras, y al menos dos máquinas fueron incendiadas. Vale la pena resaltar dos aspectos de esta resistencia. En primer lugar, estaba claro que el objetivo de los saboteadores no era nunca el simple robo, ya que, de hecho, no se robó nada. En segundo lugar, todos los sabotajes los realizaron de noche individuos o pequeños grupos en actuaciones anónimas. Además, estos gozaban de la protección de los demás campesinos del pueblo, los cuales, aunque supieran quienes eran los implicados, afirmaban total ignorancia cuando la policía acudía a investigar (Scott, 2000: 200).

La mayor parte del tiempo, destaca Scott, esos mismos campesinos mantenían unas relaciones públicas decorosas y deferentes con los propios terratenientes, a pesar de que no dejaban de refunfuñar para sí, trabajar con desidia, robar arroz de los campos de los terratenientes y utilizar, por lo demás, lo que Scott denomina las «armas de los débiles». Aunque los terratenientes no habrían dudado en procesar a quienes destrozaban las máquinas o a los ladrones si los hubieran cogido in fraganti, se encontraban coartados por un conjunto de relaciones que les podían costar su posición, su influencia y el acceso a la fuerza laboral si recurrían a la violencia vengativa o si provocaban una rebelión abierta.

3. Rwandeses que se matan entre sí. Ninguno de esos episodios se puede comparar con el derramamiento de sangre que tuvo lugar en Rwanda en 1994. El jefe militar rwandés general Juvénal Habyarimana había tomado el poder en julio de 1973 gracias a un golpe de estado relativamente incruento. No tardó en instaurar un régimen de partido único que duraría dos décadas. Hutu del noroeste, Habyarimana gobernaba con la ayuda de su esposa y de su poderosa familia. No obstante, se enfrentaba a la oposición de las fuerzas militares de base tutsi situadas en Uganda y en la frontera norte de Rwanda, así como de los líderes políticos hutu afincados en el sur. El Frente Patriótico de Ruanda (FPR), fundamentalmente tutsi, llevaba avanzando desde su base próxima a la frontera con Uganda desde 1990; los campesinos hutu huían del avance del Frente; y los activistas de Poder Hutu llevaban tiempo organizando masacres de tutsi en el ámbito local en respuesta a la amenaza de regreso al poder de los tutsi, antes dominantes.

El 6 de abril de 1994, el avión del presidente Habyarimana estaba a punto de aterrizar en la capital rwandesa cuando alguien lo derribó haciendo uso de sofisticados misiles. En el accidente no sólo murió el presidente de Rwanda, sino también el jefe de personal del ejército rwandés, general Nsabimana; el presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamira, y algunas otras personas. Habyarimana y Ntaryamira regresaban de una reunión de jefes de estado africanos en Dar es Salaam, Tanzania, en la que

los participantes habían tratado (y, quizás, acordado) de la instauración en Rwanda de un gobierno de transición de base amplia. Tanto dentro como fuera de Rwanda, había determinadas personas con poder que tenían razones para oponerse a un acuerdo de ese tipo.

Independientemente de quién fuera el instigador del asesinato de Habyarimana, en el plazo de un día había dado comienzo una de las mayores masacres del siglo XX. Desde el inicio, los militares y los activistas de Poder Hutu tomaron como objetivo, no sólo a los miembros de la minoría tutsi, sino también a sus rivales importantes dentro de los hutu. «Al principio», en palabras de Alison Des Forges,

los asaltantes operaban por lo general en grupos reducidos y mataban a sus víctimas allí donde las encontraban: en sus casas, en la calle o en las barreras. Pero, ya el 7 de abril mismo, grupos más numerosos aprovecharon la oportunidad para realizar una matanza más intensiva, mientras que los tutsi —y algunos hutu— huían aterrorizados a las iglesias, las escuelas, los hospitales y las oficinas del Gobierno que les habían ofrecido refugio en el pasado. En el distrito de Gisenyi, en el noroeste, la milicia asesinó a unas 50 personas en el seminario de Nyundo, a 43 en la iglesia de Busogo y a unas 150 en la parroquia de Bursasamana. Una gran multitud, entre la que había estudiantes de Burundi y soldados heridos, se encargó de la tarea de masacrar a cientos de personas en el campus de la Universidad Adventista del Séptimo Día de Mudende, al este de la población de Gisenyi.

En Kigali, soldados y miembros de la milicia mataron a docenas de personas en una iglesia de Nyamirambo el día 8 de abril, y otros hicieron lo mismo en la mezquita de Nyamirambo algunos días más tarde. El 9 de abril por la mañana, unos sesenta *interahamwe* [miembros de una milicia hutu creada originalmente por el partido político del presidente muerto, Habyarimana], liderados por Jean Nrawutagiripfa, conocido como «el Congolés», y acompañados por cuatro policías nacionales entraron por la fuerza en la iglesia de Gikondo, uno de los sectores industriales de Kigali. Ese día asesinaron a más de cien personas con la ayuda sobre todo de machetes y palos (Des Forges et al., 1999: 209–210).

Cientos de miles de civiles rwandeses acabaron tomando parte en las masacres de tutsi y de hutu acusados de ponerse de parte de los tutsi. Entre marzo y julio de 1994, los asaltantes asesinaron posiblemente a unos 800.000 tutsi, así como a entre 10.000 y 50.000 hutu. Sin embargo, la sangrienta victoria de los supremacistas hutu no duró demasiado. El genocidio de Rwanda se convirtió en una guerra civil al llegar la primavera; después de la masacre, el FPR forzó la huida del país de los líderes hutu o los obligó a permanecer escondidos y, a continuación, logró hacerse con el gobierno. El tutsi Paul Mugabe se convirtió en jefe del Estado de Rwanda.

Los enfrentamientos con pistolas de los norteamericanos, el sabotaje de las cosechadoras en Malasia y las masacres de Rwanda no se parecen gran cosa entre sí, pero los tres implican *violencia colectiva*. Comparten una interacción social episódica que:

- inflige daños físicos inmediatos a personas y/u objetos («daños» incluye la retención por la fuerza de personas u objetos pasando por encima de cualquier restricción o resistencia);
- implica por lo menos a dos autores de los daños, y
- es consecuencia, al menos en parte, de la coordinación entre las personas que realizan los actos que provocan los daños.



La violencia colectiva, según esta definición, excluye las acciones puramente individuales, los daños no materiales, los accidentes y los efectos a largo plazo o indirectos de procesos dañinos tales como el vertido de residuos tóxicos. Sin embargo, incluye una amplia gama de interacciones sociales.

Los críticos podrían plantear de forma plausible una cualquiera de entre tres objeciones más bien contradictorias a la utilización de un mismo término para toda esa gama de fenómenos. En primer lugar, ¿es posible que acontecimientos tan dispares tengan algo en común? En segundo lugar, ¿no son todos ellos expresión de la propensión general de los seres humanos a infligir daños a los demás y, por lo tanto, indistinguibles en principio de la violencia individual? En tercer lugar, ¿por qué conceder tanta importancia a los ataques y daños físicos *directos*? ¿No habría que incluir también dentro de la violencia colectiva la imposición de regímenes totalitarios, la degradación medioambiental, la explotación y la injusticia, tanto si se provocan daños a corto plazo a personas y objetos como si no?

¿Es posible que acontecimientos tan dispares tengan algo en común? Aunque no exista una ley universal que gobierne todos los episodios de violencia colectiva, sí que existen unas causas similares que operan en toda la gama de la violencia colectiva en distintas combinaciones y escenarios. La violencia colectiva se parece al tiempo atmosférico: complicada, cambiante e impredecible en ciertos aspectos, pero consecuencia de causas similares combinadas de formas distintas en diferentes tiempos y lugares. Encontrar las causas, combinaciones y escenarios correctos ayuda a explicar la violencia colectiva y sus muchas variaciones. Ante todo, esta obra se estructura en torno al esfuerzo por identificar las causas, las combinaciones y los escenarios que resultan relevantes.

¿Acaso no son todos los tipos de violencia expresión de la propensión general de los seres humanos a infligir daños a los demás, propensión que, sencillamente, activa a más personas simultáneamente en el caso de la violencia colectiva? Aunque las regularidades que determinan las agresiones individuales contra personas y objetos es seguro que también son aplicables a las interacciones complejas, la violencia colectiva no es simplemente la agresión individual ampliada. Su carácter está significativamente afectado por vínculos, estructuras y procesos sociales. Por lo tanto, el hecho de distinguir a grandes rasgos entre la violencia colectiva y la individual hace que nuestra atención se concentre en investigar de qué manera los vínculos, estructuras y procesos sociales afectan a la transformación de los incidentes violentos y a las diferencias entre ellos.

¿Qué ocurre con la violencia no violenta? Es indiscutible que en una amplia variedad de violencia colectiva aparecen las cuestiones de la injusticia, la explotación y la opresión. Y, aún más, la abducción física o los daños físicos a menudo se producen como resultado contingente de conflictos enormemente similares entre sí, muchos de los cuales no generan daños directos a corto plazo. Sin embargo, ampliar el término «violencia» hasta abarcar todas las relaciones interpersonales y acciones individuales que desaprobamos perjudica de hecho los esfuerzos por explicar la violencia (para una opinión contraria, véase Weigert, 1999). Nos impide preguntarnos por las relaciones causales efectivas entre la explotación o la injusticia, por un lado, y los daños físicos, por otro. También oscurece el hecho de que los especialistas en infligir daños físicos (como, por ejemplo, policías, soldados, guardias, sicarios y bandas) juegan un

significativo en la violencia colectiva. Su presencia o su ausencia suele marcar diferencia entre un resultado violento o no violento.

## IDEAS, CONDUCTA E INTERACCIÓN SOCIAL

Se trata de temas apropiadamente contenciosos. En términos generales, los observadores de la violencia humana se dividen en tres grupos: partidarios de las ideas, partidarios de la conducta y partidarios de la relación. Los tres grupos difieren en su rma de entender las causas fundamentales de los asuntos humanos.

Los partidarios de las ideas resaltan el papel de la conciencia como base de la acción humana. Por lo general, sostienen que los seres humanos adquieren creencias, contextos, reglas, objetivos y valores a partir de su entorno, remodelan (mutuamente) impulsos conforme a tales ideas y actúan representando las ideas socialmente aprendidas. Los partidarios de las ideas se dividen en torno a la importancia de la distinción entre violencia individual y colectiva, y algunos sostienen que las ideas individuales y colectivas pertenecen a dominios parcialmente separados, mientras que otros defienden que existe una perfecta continuidad entre individuos y sociedad. En ambos puntos de vista, las ideas relativas a lo valiosos que son los demás y a lo deseables que resultan las acciones agresivas afectan de forma significativa a la producción de una persona o un pueblo a sumarse a la violencia colectiva. Para erradicar la violencia, continúa el argumento, tenemos que suprimir o eliminar las ideas estructuradas.

Los partidarios de la conducta señalan que las motivaciones, los impulsos y las oportunidades tienen un carácter autónomo. Muchos apuntan a la evolución humana como origen de la acción agresiva, tanto individual como colectiva. Afirman, por ejemplo, que entre los primates la selección sexual y natural favorece a los individuos y a las poblaciones que emplean medios agresivos para conseguir pareja, refugio, alimentos o protección contra los ataques. De ahí, prosigue el argumento, que la propensión a adoptar dichos medios agresivos forme parte de la herencia genética humana. Otros evitan las explicaciones evolucionistas, aunque siguen hablando de necesidades e incentivos extremadamente generalizados de dominio, explotación, respeto, herencia, protección o seguridad subyacentes a la violencia colectiva. Otros adoptan posturas resueltamente economicistas y contemplan la violencia como un medio para la adquisición de bienes y servicios.

Los partidarios de la conducta suelen adoptar una postura reduccionista y afirman que, en última instancia, todos los fenómenos colectivos no son sino la suma de conductas individuales o, incluso, del impacto de genes particulares. Dado que las motivaciones y los impulsos evolucionan a ritmo glacial, según esta línea de argumentación, la violencia surge o se desvanece en respuesta a los cambios en dos factores: el control socialmente impuesto de las motivaciones y las oportunidades socialmente creadas para la expresión de dichas motivaciones.

Los partidarios de la relación consideran mucho más centrales las transacciones entre personas y grupos de lo que las consideran los partidarios de las ideas y de la conducta. Defienden que los humanos desarrollan su personalidad y sus prácticas a

través de los intercambios con los demás humanos, y que los intercambios mismos siempre implican un grado de negociación y de creatividad. En consecuencia, las ideas pasan a ser medios y productos del intercambio social, mientras que las motivaciones, los impulsos y las oportunidades sólo operan dentro de una interacción social continuamente negociada. Así pues, para los defensores de la relación, la violencia colectiva equivale a un tipo de conversación, por muy brutal o parcial que esta pueda ser. Los defensores de la relación suelen hacer concesiones a la influencia de las tendencias individuales, aunque por lo general insisten en que los procesos colectivos tienen propiedades irreductiblemente específicas. Según este enfoque, la limitación de la violencia depende menos de la destrucción de las malas ideas, de la eliminación de las oportunidades o de la supresión de los impulsos que de la transformación de las relaciones entre personas y grupos.

Cada grupo de pensadores tiene su parte de razón. Las ideas sobre el uso adecuado e inadecuado de los medios violentos, sobre las diferencias entre categorías sociales y sobre la justicia o la injusticia es indudable que condicionan la participación o no participación en la violencia colectiva. Los campesinos de James Scott seguían un elaborado código de urbanidad al atentar contra las cosechadoras mecánicas de los terratenientes. Las regularidades arraigadas en la conducta está claro que afectan a la disposición de diferentes categorías de individuos a infligirse mutuamente violencia. Como ilustra el vaquero de David Courtwright, en la violencia colectiva en todo el mundo encontramos una proporción desmesurada de grupos segregados de varones jóvenes y solteros. Es cierto que las relaciones también son importantes. En Rwanda y en todas partes, las organizaciones y las relaciones intergrupales previamente existentes canalizan quién inflige violencia sobre quién.

Conscientes de esa interrelación, algunos analistas de la violencia presentan diversas combinaciones o equilibrios entre ideas, conducta y relaciones. Por ejemplo, los marxistas clásicos derivaban los intereses comunes principalmente de las relaciones de producción, pero a continuación veían dichos intereses como determinantes tanto de las ideas predominantes como de la conducta guiada por el interés. La violencia, según ese enfoque, era generalmente consecuencia de los intereses de clase, los cuales también propiciaba. Para los marxistas, lo prioritario eran las relaciones, pero relaciones, ideas y conducta interactuaban. Los liberales clásicos replicaban que las ideas adecuadamente inculcadas (a veces reducidas ciertamente a los cálculos de pérdidas y ganancias que efectúa cada individuo) generaban las conductas y relaciones sociales apropiadas. Así pues, combinaban las explicaciones basadas en las ideas con las basadas en la conducta, a la vez que relegaban las relaciones a un papel secundario.

De manera menos abstracta, el propio David Courtwright también combina esos dos mismos tipos de explicaciones:

La distribución geográfica y étnicamente irregular de la violencia y los desórdenes en Norteamérica hasta finales del siglo XIX se puede explicar mediante tres conjuntos de factores: culturales, raciales y demográficos. Hay creencias y hábitos culturales, como la sensibilidad sureña hacia las pistolas y el honor o la inclinación de los irlandeses hacia la bebida agresiva, que ayudan a explicar por qué algunas regiones o determinados grupos arrojaban sistemáticamente mayores tasas de asesinatos y tumultos. El racismo era importante tanto porque propiciaba y exacerbaba el conflicto con minorías tales como los indios,

mo porque contribuía a la marginación económica de los negros y a la restricción de la migración china. Además, existían variaciones en la estructura local y regional de la población, en particular, desequilibrios de edad y género en la frontera no agrícola. A través de la combinación de tendencias biológicas compartidas, soltería generalizada y dinámica de grupo masculino, todos esos factores generaban más bebida, juego, prostitución, armas, porte de armas y otros rasgos asociados a malos fines (Courtwright, 1996: 170).

pues, Courtwright considera fundamentales las causas conductuales, ve las ideas como modificadoras de sus efectos y hace uno o dos guiños que apuntan a procesos relacionales. Sin embargo, a pesar de los numerosos intentos de ampliar perspectivas, los análisis de la violencia colectiva han estado profundamente afectados por la relativa prioridad de ideas, conducta y relaciones sociales y la conexión entre todas ellas. Como consecuencia, han aparecido explicaciones de la violencia colectiva fuertemente opuestas entre sí (Aya, 1990).

Este estudio sigue una línea básicamente relacional. Aunque se llama la atención a las ideas que ejercen determinada influencia y sobre las regularidades conductuales allí donde es necesario, se centra en las formas en que los distintos patrones de organización social constituyen y son causa de diferentes modalidades de violencia colectiva. Al mismo tiempo, muestra que en formas dispares de violencia aparecen patrones causales similares que, aunque producen efectos equivalentes a corto plazo, provocan resultados globales específicos en función del escenario, de su secuencia y de su combinación. Se resaltan los mecanismos relacionales —los que operan dentro de las transacciones interpersonales—, pero se considera que estos producen los efectos que producen en combinación con mecanismos ambientales y cognitivos.

El énfasis en lo relacional tiene sus límites. Por ejemplo, este estudio no refuta necesariamente la posibilidad de que, en el fondo, el alcance de la violencia colectiva dependa fuertemente de la cantidad de personas jóvenes genéticamente predisponentes que se congregan en un mismo lugar sin que se les imponga una estricta disciplina. Indirectamente, esta obra plantea dudas respecto a lo adecuado de las explicaciones conductistas simples. Su manera de hacerlo consiste en identificar cambios históricos en la violencia colectiva que está claro que son consecuencia de procesos sociales variables más que de alteraciones en los impulsos, las inhibiciones y la distribución de la población. Sin embargo, en realidad, sus conclusiones abiertas gran cantidad de interrogantes con respecto a la propensión individual a frascarse en la violencia.

El libro tampoco ofrece una explicación completa de la rabia, el miedo, las ansias, la gratificación y la empatía que, en diversas combinaciones, suelen dominar los sentimientos de los participantes en la violencia colectiva. Sí que muestra que, a pesar de tener su base en las predisposiciones individuales, unas emociones tan poderosas como esas surgen de la interacción social y responden a cambios en el entorno social. No obstante, no se resigue paso a paso la conexión entre los cambios fisiológicos y fluctuaciones en la violencia colectiva. Es posible, pues, que al acabar la lectura los conductistas rotundos sigan insistiendo en que son las inhibiciones de la expresión de las emociones poderosas y las oportunidades para expresarlas las que determinan en última instancia la cantidad de violencia que tiene lugar, su alcance, quién ejerce y sobre quién la ejerce.

El desafío que plantea este estudio a las explicaciones de la violencia colectiva basadas en las ideas no va más allá de insistir en la importancia de la interacción social para que se generen, se difundan y se lleven a la práctica las ideas que mueven a la violencia. Deja abierta la posibilidad de que mi gran maestro, Barrington Moore, tenga razón al considerar que las religiones monoteístas promueven una gran intolerancia y, por consiguiente, una gran predisposición a asesinar a los intrusos, a causa de las profundas distinciones que establecen entre lo que es respetable y no respetable, lo puro y lo impuro (Moore, 2000).

En cualquier caso, aun si Moore estuviera en lo cierto, los análisis relacionales que siguen a continuación clarifican cuáles son los procesos sociales que intervienen entre la adquisición de ideas que mueven a la violencia y la participación directa en los tumultos. Después de todo, muchos de quienes sostienen posturas que justifican la violencia contra uno u otro tipo de ser humano en realidad nunca secuestran, mutilan ni asesinan a nadie. El hecho de que tales ideólogos recluten a otras personas (que, con frecuencia, no son especialmente personas de ideología) para que secuestren, mutilen o asesinen en su nombre plantea justamente el tipo de interrogantes sobre los procesos sociales que aquí investigamos.

Adoptar un enfoque relacional supone mantener una doble orientación con respecto a los escritos convencionales sobre la violencia. Por un lado, los analistas de la violencia suelen reconstruir las motivaciones, los intereses, las circunstancias o las creencias de los actores uno por uno, para después dividirse entre los que condenan y los que defienden a cada actor. Después de los grandes enfrentamientos entre policía y civiles, la destrucción de propiedades y los saqueos en los sectores de predominio negro de las grandes ciudades norteamericanas durante la década de 1960, los comentaristas estaban fuertemente divididos entre (a) aquellos que interpretaban los acontecimientos como una respuesta comprensible ante las penurias y (b) quienes justificaban la represión de unos jóvenes alborotados que sólo buscaban satisfacción a corto plazo (para ambas posturas, véanse, por ejemplo, Feagin y Hahn, 1975, y Banfield, 1970, especialmente el cap. 9). Al situar las causas en las interacciones negociadas, un enfoque relacional hace que resulte más difícil ensalzar, defender o culpabilizar de manera individual.

No obstante, esos mismos escritos convencionales sobre la violencia suelen ofrecer también opiniones sobre qué es lo que podría hacerse para reducirla: cómo prevenir el genocidio, disuadir a los terroristas, inaugurar vías no violentas hacia la justicia, mitigar los daños en las reyertas, etc. Todas esas opiniones se basan, implícita o explícitamente, en argumentos causales respecto a qué es lo que produce la violencia existente y qué produciría resultados alternativos. Por ejemplo, un panel de expertos en violencia convocados por el Consejo Nacional [Norteamericano] de Investigaciones recomendaba, como es característico, nuevas investigaciones e informes, pero su programa de actuaciones resaltaba las siguientes medidas para reducir la violencia:

- intervenir en el desarrollo biológico y psicosocial del potencial de los individuos para la conducta violenta;
- modificar los emplazamientos, las actividades rutinarias y las situaciones que favorecen la violencia;

maximizar los efectos reductores de la violencia de las intervenciones policiales en los mercados ilegales;  
 intervenir para reducir el potencial para la violencia de los delitos de discriminación, las actividades de las bandas y las transiciones entre comunidades, y  
 tener en práctica una iniciativa integral para la reducción de las agresiones místicas (Reiss y Roth, 1993: 22).

Todas esas recomendaciones se basan primordialmente en el supuesto de que la violencia es consecuencia de un equilibrio entre los impulsos individuales y la inhibición de dichos impulsos. Aunque deja un cierto espacio a las ideas, el argumento lleva implícito se centra en las causas conductuales. No concede apenas ningún en absoluto a los efectos de las relaciones sociales, a excepción del hecho de que operan a través de impulsos e inhibiciones.

Si esta obra cumple bien su cometido, construirá argumentos causales superiores ahora presentes en las explicaciones de la violencia basadas en la conducta y en ideas. Así pues, clarificará qué efectos producirá cada una de las propuestas para reducir la violencia si se la lleva a la práctica. Si sus argumentos son correctos, entonces, dada una cantidad de esfuerzo determinada, los intentos de modificar la conductividad, de imponer mayores limitaciones a los impulsos o de eliminar las ideas, no tendrán mucho menos efecto sobre los niveles existentes de violencia que la acción en las relaciones entre los contendientes.

Tampoco debemos asumir automáticamente que cualquier política capaz de reducir la violencia sea buena por sí misma. Aparte de cualquier otra cosa que los lectores aprenden en esta obra, encontrarán que los regímenes políticos difieren en el tipo y los tipos de violencia que generan. Al escoger un régimen político, en cierta medida estamos escogiendo también entre modalidades de violencia. Personalmente, me obligara a escoger entre una tiranía no violenta basada en una marcada desigualdad y una democracia turbulenta, yo escogería la democracia. Espero que la obra ayude a los lectores a entender cómo crear democracias con los mínimos daños —aun con ausencia total de daños— a las personas y a la propiedad.

Al resaltar los mecanismos relacionales en lugar de las ideas o de la conducta individualmente motivada, este estudio amplía otros análisis recientes de la contienda política (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001; Tilly, 2001a). La contienda política consiste en acciones reivindicativas discontinuas, públicas y colectivas en las que una de las partes es un gobierno. Un gobierno es una organización sustancial, duradera y limitada que ejerce el control de los principales medios concentrados de coerción dentro de un territorio. Es cierto que, a veces, la violencia colectiva se produce más bien fuera del radio de acción de los gobiernos. No obstante, cuando pasa de una escala reducida, la violencia colectiva casi siempre implica al gobierno como controlador, reivindicador, objeto de las reivindicaciones o tercera parte en las reivindicaciones. Cuando hay un gobierno implicado, la violencia colectiva se convierte en un tipo especial de contienda política. Esta idea nos será de gran utilidad cuando intentemos explicar las variaciones en el carácter e intensidad de la violencia de gran escala. Nos ayudará a entender la influencia de los regímenes políticos en la violencia dentro de sus territorios.

El presente estudio también se basa en recientes investigaciones centradas en la desigualdad social (para comentarios y análisis, véanse Tilly, 1998b, 2001b,c). En esa línea de análisis, hay dos mecanismos relacionales fundamentales que provocan y mantienen una amplia gama de desigualdades entre categorías de seres humanos. La *explotación* opera cuando personas poderosas e interconectadas controlan unos recursos de los cuales obtienen un rendimiento significativamente incrementado mediante la coordinación de los esfuerzos de personas externas a las que privan de obtener la totalidad del valor añadido por su esfuerzo. El *acaparamiento de oportunidades* opera cuando los miembros de una red delimitada por una determinada categoría tienen acceso a un recurso que es valioso, es renovable, está sujeto a monopolio, favorece las actividades de dicha red y aumenta de valor debido al *modus operandi* de la red. Una vez que han entrado en funcionamiento la explotación y el acaparamiento de oportunidades, la desigualdad también depende de la adaptación (la creación de prácticas que articulan la vida de las personas en circunstancias de desigualdad) y de la emulación (la transferencia de prácticas, creencias y relaciones relevantes de un enclave a otro). No obstante, para el objetivo que aquí perseguimos, la explotación y el acaparamiento de oportunidades bastan para el trabajo crítico de explicación.

Tanto la explotación como el acaparamiento de oportunidades ganan en efectividad cuando la división entre las categorías se corresponde precisamente con una división ampliamente presente en todos los demás ámbitos de la vida social y que, por lo tanto, lleva emparejado todo un conjunto de creencias, prácticas y relaciones sociales que la apoyan. Las divisiones étnicas, raciales, religiosas, de género o de nacionalidad refuerzan la explotación y el acaparamiento de oportunidades. Por su parte, la explotación y el acaparamiento de oportunidades establecen el lugar que ocupan todas esas diferencias debido a que proporcionan recompensas mucho mayores a los miembros de la categoría ostensiblemente superior.

Los gobiernos siempre efectúan una cierta explotación y acaparamiento de oportunidades, en los que los cargos del gobierno y los miembros de las clases gobernantes son los típicos beneficiarios de ambos mecanismos. Por lo común, incorporan líneas divisorias entre categorías que ya operan en otros ámbitos, como, por ejemplo, cuando excluyen a las mujeres o a los seguidores de religiones heterodoxas de la completa ciudadanía. La forma y la medida en que los gobiernos explotan y acaparan oportunidades varían enormemente, y una gran parte de la teoría política trata precisamente de dicha variación. La desigualdad basada en el control que ejercen los gobiernos está presente de forma muy significativa en la violencia colectiva, tanto porque dicha desigualdad hace que valga la pena luchar contra el control gubernamental, o bien defenderlo, como porque casi siempre implica diferencias en el acceso a los medios de violencia.

La desigualdad no gubernamental también incide profundamente sobre la violencia colectiva. Los gobiernos suelen aliarse con los beneficiarios de las desigualdades existentes, por tres motivos: en primer lugar, porque las clases gobernantes figuran entre dichos beneficiarios; en segundo lugar, porque los beneficiarios tienen mayores medios de organización y de influir en el gobierno; y, en tercer lugar, porque los recursos del gobierno (tales como impuestos, soldados, armas, barcos, alimentos e información) llegan a él a partir de unos sistemas de desigualdad que, de ser desafiados, harían

ran cruciales entradas. Sólo en épocas de conquista o de revolución encuentran gobiernos que intervengan para sustituir los sistemas existentes de explotación y acaparamiento de oportunidades. Aunque, ciertamente, hay violencia colectiva en la conquista y en la revolución, esta suele ser consecuencia de la utilización de los medios de violencia que hacen los gobiernos para defender a los beneficiarios de la explotación de los desafíos de las víctimas de esa misma desigualdad.

Los beneficiarios y las víctimas de la explotación y el acaparamiento de oportunidades no gubernamentales (por ejemplo, los propietarios de minas y los mineros) en librar sus propias luchas por los beneficios de su esfuerzo conjunto; en el curso de dichas luchas, en ocasiones recurren a medios violentos, y, de vez en cuando, dan lugar a intervenciones en forma de ataques de las fuerzas armadas del gobierno con uno o ambos bandos, sobre todo contra los desafiadores. Las partes presentes en relaciones de explotación y acaparamiento de oportunidades buscan regularmente el apoyo del gobierno, bien para mantener, bien para derrocar las ventajas existentes, lo que, a su vez, genera nueva violencia colectiva.

Por último, la acción política es un medio de crear, defender o desafiar sistemas gubernamentales de explotación y acaparamiento de oportunidades tales como, por ejemplo, los derechos de propiedad sobre la riqueza mineral, el control exclusivo de los lugares sagrados y la costumbre que exige que los trabajadores (pero no sus empleadores) cumplan sus contratos. El punto hasta el cual las categorías entre las que opera el gobierno (por ejemplo: ciudadano y no ciudadano, legislador y elector) inciden con distinciones no gubernamentales entre categorías como las de género, religión y etnia es algo que afecta a la forma y a las reivindicaciones de la lucha política y, por lo tanto, al carácter de la violencia colectiva. Como demuestran las diferencias entre los hutu y los tutsi, en ciertas circunstancias el hecho de figurar a un lado o al otro de una línea divisoria entre categorías se convierte en cuestión de vida o muerte. Todas estas ideas nos ayudarán a entender la sorprendente prominencia de las distinciones categóricas «nosotros—ellos» en todas las modalidades de violencia colectiva.

La violencia colectiva presenta una serie de problemas para los cuales nadie ha encontrado aún soluciones satisfactorias:

- ¿Por qué la violencia colectiva (a diferencia de los suicidios y los homicidios individuales) se concentra en oleadas generalizadas —en las que, a menudo, un choque violento parece desencadenar el siguiente— y, después, remite a niveles bajos durante periodos de tiempo sustanciales?
- ¿Cómo y por qué personas que interactúan sin infligirse daños directos pasan rápidamente a la violencia colectiva y después (a veces con la misma rapidez) regresan a unas relaciones relativamente pacíficas?
- 3. En particular, ¿cómo y por qué personas que han vivido durante años con diferencias entre categorías (a menudo cooperando y casándose entre ellas) empiezan a infligirse mutuamente devastadores ataques contra personas y propiedades?
- ¿Por qué diferentes tipos de regímenes políticos (por ejemplo: regímenes democráticos y autoritarios) albergan niveles y formas tan distintos de violencia colectiva?

5. ¿Cómo y por qué especialistas en el mantenimiento de la paz como policías y soldados pasan de la actuación no violenta a la violenta, y viceversa, de manera tan regular y tan rápida?

Hasta el momento, ni los analistas partidarios de las ideas, ni los conductuales o los relacionales han aportado unas explicaciones creíbles de la violencia colectiva que aborden más de una de esas cuestiones simultáneamente. Tampoco nadie ha reunido pruebas fiables para las respuestas que han propuesto a cualquiera de esas cuestiones tomadas independientemente. Nuestro reto es utilizar el enfoque relacional para construir unas respuestas superiores y coherentes entre sí a esos interrogantes.

## TIPOS DE VIOLENCIA INTERPERSONAL

¿Qué es lo que tenemos que explicar? La gran mayoría de las transacciones interpersonales se realizan sin violencia: sin que una parte inflija daños físicos o retenga inmediatamente y a corto plazo a al menos una de las partes o las posesiones de dicha parte. Incluso en zonas en guerra civil o en las que las reyertas son algo generalizado, la mayoría de la gente interactúa la mayor parte del tiempo de forma no violenta. Y, sin embargo, a veces las interacciones no violentas se tornan violentas; personas que han coexistido pacíficamente empiezan a matarse; los vaqueros disparan; los campesinos sabotean; y los hutu de Rwanda asesinan a quienes consideran sus enemigos. ¿Cuándo, cómo y por qué se produce el paso de la interacción no violenta a la violenta, y viceversa? En particular, ¿cuándo, cómo y por qué las personas se dedican *colectivamente* a infligir daños a otras personas? La violencia colectiva toma numerosas formas distintas; así pues, ¿qué es lo que determina su organización social y su carácter?

Para alcanzar respuestas satisfactorias a preguntas tan complejas debemos escoger bien la forma de atravesar por cuatro dificultades claramente distinguibles entre sí. En primer lugar, ¿cuál es la causa de que las personas se planteen las unas a las otras reivindicaciones colectivas, violentas o no violentas? Este estudio depende notablemente de anteriores análisis de la reivindicación colectiva. No obstante, aparte de aplicar explícitamente esos análisis a la violencia, no añade demasiado a las ideas existentes sobre la cuestión.

En segundo lugar, ¿cuál es la causa de que, a veces, las personas inflijan daños a otras personas u objetos en el curso de la reivindicación colectiva y, sin embargo, otras veces empleen medios no violentos? En este estudio se habla mucho de esta cuestión, pero no se llega a grandes enunciados generales sobre la absoluta presencia o ausencia de violencia. De hecho, descubriremos algunas zonas grises en las que no son sino pequeñas contingencias las que marcan la diferencia entre procesos políticos, por lo demás similares, en los que la violencia está o no está presente.

En tercer lugar, en los casos en los que las personas efectivamente emplean medios de reivindicación violentos, ¿qué determina el alcance de los daños? En los capítulos posteriores se presta una considerable atención al alcance y la intensidad de la violencia y se examinan tanto cuáles son los tipos de circunstancias sociales que producen

vados niveles de violencia como cuáles son los tipos de procesos sociales por medio de los cuales la reivindicación violenta cobra gran escala o se mantiene dentro de una reducida.

En cuarto lugar, ¿cuál es la causa de que la violencia colectiva adopte tantas formas distintas, desde las reyertas de vaqueros al sabotaje de máquinas o el genocidio? problema de explicar la variación en carácter y organización social de la violencia pa mucha más energía en este estudio que los tres primeros problemas. El libro sostiene, o fracasa, en la medida en que clarifica qué es lo que provoca que la violencia colectiva, cuando se produce, (a) varíe tanto en su forma y (b) experimente efectos significativos, a veces bastante rápidos, de una forma a otra.

Para poner algo de orden en la investigación de este cuarto problema, tenemos que especificar el tipo de variación que pretendemos explicar. Construiremos un gráfico bidimensional de la violencia interpersonal, incluidos los ataques individuales de persona a otra o a la propiedad de esa persona. Llamaremos a la primera dimensión la *relevancia (o centralidad) de infligir daños a corto plazo*. Observaremos las interacciones entre las partes para preguntarnos hasta qué punto el hecho de infligir y recibir daños domina tales interacciones. En el extremo inferior, los daños se producen o intermitentemente o de manera secundaria en el curso de transacciones que no siendo predominantemente no violentas. En el extremo superior, casi todas las interacciones producen daños, dado que el hecho de infligir y recibir daños domina la interacción. Los choques burocráticos ordinarios que, esporádicamente, ocasionan pocas cuantitas de bofetadas están cerca del extremo inferior; las partidas de linchamiento están próximas al extremo superior.

La segunda dimensión representa el *grado de coordinación entre los actores violentos*. Nuestra definición de violencia colectiva que ofrecíamos anteriormente incluía la presencia un mínimo nivel en esta dimensión: insistía en que hubiera al menos dos perpetradores de daños y una cierta coordinación entre los perpetradores. Por debajo de ese nivel, lo consideramos violencia individual. No obstante, la coordinación colectiva puede oscilar desde tan sólo una señal improvisada y/o una cultura compartida (extremo inferior) hasta la participación de organizaciones centralizadas cuyos líderes siguen unos guiones compartidos cuando conducen deliberadamente a sus seguidores a interacciones que generan violencia con otros (extremo superior). En el límite inferior encontramos acontecimientos como las refriegas de los marineros borrachos con la policía militar; en el límite superior, las batallas campales entre ejércitos rivales.

Este modo de sistematizar los análisis de la violencia colectiva resalta la conexión de esta con los procesos políticos no violentos. Evidentemente, podríamos invocar otras dimensiones interesantes de la violencia colectiva, tales como su escala, duración, destructividad, asimetría y proximidad a las instituciones gubernamentales. Al decidirme por la relevancia del hecho de infligir daños y la coordinación sigo mi propósito presentimiento de que: (a) estas identifican variaciones significativas y coherentes en combinaciones relevantes de resultados y mecanismos causales; (b) sirven para ubicar grupos de violencia colectiva dentro de los cuales operan causas similares; y (c) por ambos motivos, ayudan a explicar la variación en escala, duración, destructividad, asimetría y proximidad a las instituciones gubernamentales (para confirmarlo, véase Benneuil y Auriat, 2000).

El grado de coordinación entre los actores violentos y la relevancia de infligir daños para la interacción con los otros, por ejemplo, ayudan a establecer y a explicar el grado de destrucción que resulta de esas interacciones. En términos generales, la destructividad crece al aumentar la relevancia y la coordinación. Cuando ambas dimensiones alcanzan niveles elevados, se produce una destrucción generalizada. De las tres estampas con las que comenzamos, el genocidio de Rwanda es la que mejor ilustra la combinación de elevados niveles de relevancia y coordinación.

La figura 1.1 presenta una tipología preliminar de la violencia interpersonal que sigue esa clasificación bidimensional. De momento, el gráfico incluye la agresión individual para especificar su relación con otras formas de violencia a gran escala. Más adelante presentaré las razones por las que cabe separar los análisis de la violencia colectiva de los de la violencia individual. La clasificación funciona de la siguiente manera. Primero ubicamos en el espacio de la relevancia-coordinación un grupo de episodios violentos, por ejemplo: en el cuadrante superior izquierdo, en el que coinciden una alta coordinación entre los actores violentos con una relevancia relativamente escasa del hecho de infligirse daños entre las partes. A continuación, asignamos un nombre a ese espacio a partir del tipo de episodio más común en esa localización. El cuadrante superior izquierdo recibe el nombre de «negociaciones rotas» debido a la frecuencia con que los procesos de negociaciones no violentas a largo plazo que fracasan producen violencia con un elevado grado de coordinación y una baja relevancia del hecho de infligir daños. Si seguimos el mismo procedimiento en el sentido de las agujas del reloj, encontramos las modalidades que enumeramos a continuación:

- *Rituales violentos*: al menos un grupo relativamente bien definido y coordinado sigue un guión de interacción que implica infligir daños a uno mismo o a otros en la competencia por ocupar una posición prioritaria en un campo reconocido; entre los ejemplos se cuentan ceremonias de escarnio, linchamientos, ejecuciones públicas, rivalidades entre bandas, deportes de choque, algunas batallas electorales y algunas luchas entre seguidores de equipos deportivos o de estrellas del entretenimiento.
- *Destrucción coordinada*: personas u organizaciones especializadas en el despliegue de medios coercitivos emprenden un programa de daños a personas y/u objetos; entre los ejemplos se incluyen la guerra, la autoinmolación colectiva, algunos tipos de terrorismo, el genocidio y el politicidio (la aniquilación programada de los miembros de una categoría política).
- *Oportunismo*: al sentirse protegidos frente a la vigilancia y la represión habituales, individuos o agregados de individuos utilizan medios inmediatamente dañinos para perseguir objetivos normalmente prohibidos; entre los ejemplos encontramos los saqueos, la violación en grupo, la piratería, los asesinatos por venganza y algunos tipos de pillaje militar.
- *Reyertas*: en una reunión previamente no violenta, dos o más personas empiezan a atacarse o a atacar las respectivas propiedades; los ejemplos incluyen las peleas de bar, las batallas de pequeña escala en acontecimientos deportivos y muchas peleas callejeras.

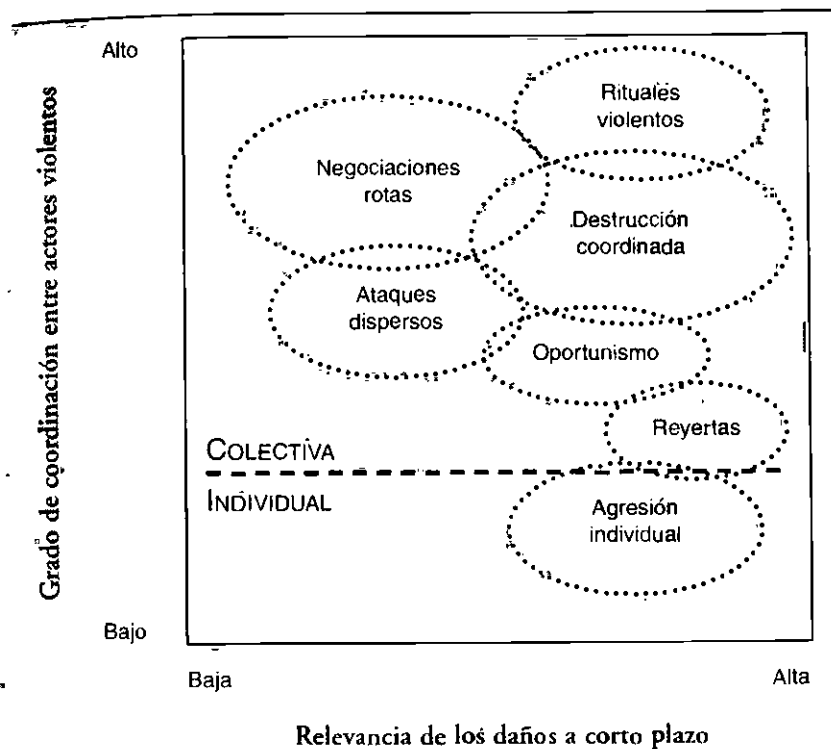


FIGURA 1.1 Tipología de la violencia interpersonal

- *Agresión individual*: un actor individual (o varios actores sin conexión entre sí) se enfrasca(n) en una interacción inmediata y predominantemente destructiva con otro actor; entre los ejemplos figuran las violaciones de actor único, los asaltos, los robos y el vandalismo.
- *Ataques dispersos*: en el curso de interacciones generalizadas de pequeña escala y habitualmente no violentas, un cierto número de participantes responde a ciertos obstáculos, desafíos o restricciones mediante actos que provocan daños; entre los ejemplos se encuentran el sabotaje, los ataques clandestinos a objetos o lugares simbólicos, los asaltos a los agentes del gobierno y los incendios provocados.
- *Negociaciones rotas*: diversos tipos de acción colectiva generan resistencia o rivalidad, a las que una o más partes responden con acciones que dañan a personas y/u objetos; entre los ejemplos están las manifestaciones, las actuaciones de partidas de protección, la represión gubernamental y los golpes militares, todos los cuales suelen producirse sin pasar de las amenazas de violencia, aunque, a veces, producen daños físicos.



La figura 1.1 muestra todas esas modalidades de violencia en forma de óvalos que se solapan entre sí para resaltar que los límites de los episodios concretos implicados son por fuerza imprecisos. Rituales violentos como los acontecimientos deportivos, por ejemplo, a veces se transforman en negociaciones rotas (cuando los acomodadores intentan expulsar a unos espectadores pendencieros y se producen ataques contra los acomodadores y contra el estadio) o en oportunismo (cuando los espectadores o los jugadores se vengan privadamente de sus enemigos). Y aún mayor es la proporción de rituales violentos que se superpone con la destrucción coordinada: contiendas, luchas entre bandas y combates similares que se parecen mucho a la guerra, excepto porque su escala es más reducida e implican una mayor contención.

En esta tipología, cada sección del espacio de coordinación-relevancia recibe su nombre en función del proceso más común que produce esa particular combinación de coordinación y relevancia. Con gran frecuencia, por ejemplo, la presencia de niveles extremadamente elevados de coordinación y de relevancia da como resultado la activación de un guión familiar por parte de actores especializados en provocar daños y que cuentan con árbitros o monitores encargados de contener su interacción; el término *ritual violento* describe ese tipo de proceso. No obstante, de vez en cuando, dos ejércitos en guerra —dedicados, por lo tanto, a la destrucción coordinada principalmente— pasan a la zona de coordinación y relevancia extremadamente elevadas y estilizan y contienen su interacción. La franja de baja coordinación pero relevancia relativamente alta, próxima al límite entre la violencia individual y la colectiva, la denominamos *reyerta*, no porque todas las interacciones en esa franja se inicien a partir de una reunión no violenta en la que pares de personas empiezan a pelearse, sino más bien porque esa secuencia produce regularmente una violencia de coordinación baja y relevancia alta. Esta tipología nos proporciona un práctico recordatorio de las diferencias medias en los procesos sociales dominantes que tienen lugar en las distintas ubicaciones en el espacio de la coordinación-relevancia.

La variación de las motivaciones de los participantes ni define ni explica las diferencias entre los distintos tipos de violencia colectiva. No cabe duda de que a los participantes en la violencia oportunista los guían la codicia y la lujuria con mayor frecuencia que a los participantes en las negociaciones rotas, a los que a menudo invaden la rabia y el miedo. No obstante (como mostrarán abundantemente los próximos capítulos), son muchos los que actúan con justa indignación o con miedo en la violencia oportunista, igual que la codicia aparece una y otra vez en toda la gama de las interacciones violentas. Esta clasificación ubica los tipos de violencia colectiva en función de los procesos sociales que la generan, no de las motivaciones y las emociones que albergan las personas que producen los daños.

En los capítulos posteriores dedicaremos poco esfuerzo a localizar los límites exactos de cada uno de esos tipos de violencia o a decidir qué incidentes pertenecen a cada uno de ellos. Por el contrario, trazaremos una y otra vez ciertos procesos por los que hay acontecimientos que se inician en una zona del espacio de la coordinación-relevancia y acaban en otra: un episodio de ataques dispersos, por ejemplo, que evoluciona paso a paso hasta llegar a la destrucción coordinada, o viceversa. En secciones posteriores de esta obra mostraremos la importancia del papel que desempeñan la correduría y la activación de la divisoria nosotros-ellos en las formas

altamente coordinadas de violencia colectiva: rituales violentos, destrucción y negociaciones rotas. Allí donde la correduría y la activación de divisoria ocupan un papel destacado, las pruebas mostrarán que, por lo común, anulan las relaciones sociales preexistentes entre los participantes, tanto que personas que no viven juntas pacíficamente comienzan a matarse entre sí al día siguiente.

Por la inversa, las relaciones previamente existentes entre los participantes (incluyendo relaciones previamente hostiles) ejercen una gran influencia en las zonas de coordinación: oportunismo, reyertas y ataques dispersos. Descubriremos también relaciones sistemáticas entre la relevancia y el contexto social, en particular: la accesibilidad de los medios de violencia y/o de especialistas en la violencia como sicarios o tropas propicia una alta relevancia en la violencia colectiva.

En estos términos, podemos ubicar los tres episodios que describen David Light, James Scott y Alison Des Forges en diferentes lugares en el espacio de coordinación-relevancia. Las peleas con pistolas de los vaqueros solían responder al modelo de las reyertas, aunque de vez en cuando se transformaban en oportunismo, rituales violentos e, incluso, destrucción coordinada, como consecuencia de cambios en la relevancia de infligir daños a corto plazo y de la coordinación entre los rituales violentos (los vaqueros de grupos rivales, por ejemplo, a veces jugaban a cartas y pasaban a los tiroteos cuando la partida iba mal).

Las represalias de los campesinos contra los propietarios de las tierras se sitúan típicamente en la zona de los ataques dispersos, aunque de vez en cuando viran al oportunismo, el ritual violento o las negociaciones rotas. James Scott, por ejemplo, ha pasado gran parte de su carrera examinando qué es lo que provoca la alteración entre la resistencia pasiva y la rebelión activa. Los complejos conflictos de guerra se concentran en la zona de la destrucción coordinada, pero también estuvieron presentes el ritual violento, el oportunismo y los ataques dispersos en los márgenes del genocidio organizado de Rwanda (en el capítulo 6 se examina en detalle el bordamiento hacia el oportunismo del genocidio de Rwanda). El genocidio se produjo en el contexto de décadas de luchas entre los hutu y los tutsi por el control del Estado de Rwanda.

La figura 1.1 también especifica cuáles son los fenómenos que este estudio pretende describir, diferenciar y explicar y, por lo tanto, a qué posibles fenómenos relevantes resta importancia. En su mayor parte, los capítulos que siguen a continuación describen la agresión individual y las formas menos coordinadas de reyerta. Por el contrario, se concentran en los mecanismos comunes y la variación sistemática dentro de los rituales violentos, la destrucción coordinada, el oportunismo, las reyertas, los ataques dispersos y las negociaciones rotas. La elipse que contiene las agresiones individuales se extiende hasta cruzar el umbral y entrar en la zona de la violencia colectiva para incluir aquellos casos en los que un solo asesino o un terrorista atenta en nombre de un grupo disidente, aunque sin apoyo evidente de dicho grupo.

De forma parecida, el óvalo que incluye las reyertas se hunde por debajo de la frontera entre la violencia colectiva y la individual para señalar que, en el curso de algunos de dichos acontecimientos, toda coordinación interpersonal significativa acaba desapareciendo. La distinción entre violencia individual y colectiva no satisfizo a nadie que crea que toda la violencia brota de las profundidades de una misma

propensión individual (ni tampoco, por la misma razón, a cualquiera que crea que las multitudes anulan la individualidad y desarrollan una lógica propia). No obstante, facilita enormemente la integración de la violencia en los estudios de la política en general. Dado que los analistas políticos han considerado habitualmente la interacción violenta como algo marginal a la política (o incluso antitético), no se trata de una ventaja poco importante.

Los expertos en la violencia colectiva notarán que la tipología relevancia-coordinación omite algunos términos estándar. Guerra interestatal, guerra civil, revolución y rebelión no figuran como tipos separados. El hecho de que las autoridades y los observadores califiquen un episodio de guerra entre estados, guerra civil, revolución o rebelión realmente marca una diferencia, ya que cada una de esas etiquetas apela a un conjunto diferente de convenciones legales y evoca un conjunto distinto de analogías históricas. Además, los participantes en algunos casos de violencia colectiva organizan sus acciones en torno a modelos preexistentes, tales como el golpe de estado, el linchamiento, una pelea entre bandas o un ataque contra una casa caída en deshonra. El modelo aporta coherencia y predictibilidad a la interacción entre los participantes. En los capítulos siguientes presentaremos numerosos episodios de violencia colectiva que siguen un modelo prefijado.

No obstante, yo sostengo que no hay que pensar en cada uno de esos tipos de episodios como si constituyeran un dominio causal específico con leyes propias. Defiendo que es necesario reconocer una multiplicidad de modalidades de violencia colectiva —destrucción coordinada, negociaciones rotas, oportunismo, etc.— en diferentes fases y segmentos de guerras o revoluciones. Insto a identificar analogías (incluidas las analogías en la adopción de modelos culturalmente disponibles) entre las causas de los golpes de estado, de los linchamientos, de las peleas y de los ataques a casas caídas en la deshonra, una búsqueda que yo mismo pongo en práctica.

He omitido de la tipología el término «disturbios», ampliamente utilizado, por una razón distinta: porque encarna un juicio político, más que una distinción analítica. Las autoridades y los observadores califican de disturbios las concentraciones que provocan daños que desaprueban, y utilizan términos como manifestación, protesta, resistencia o represalia para acontecimientos esencialmente similares que sí aprueban. Después de clasificar miles de acontecimientos violentos —muchos de ellos denominados disturbios (o su equivalente en la lengua local) por las autoridades y observadores— en múltiples países a lo largo de varios siglos, no hemos encontrado un solo ejemplo en el que los participantes llamaran al acontecimiento disturbio o se identificaran a sí mismos como alborotadores.

Por ambas razones, la palabra «terror» tampoco aparece en la tipología. En los últimos capítulos aparecen muchos incidentes violentos que la gente llama terroristas, aunque normalmente bajo otros términos. El terror siempre se refiere a la conducta de los demás y, de hecho, sirve para referirse a episodios que van desde la destrucción coordinada (el ataque simultáneo a múltiples edificios) hasta los ataques dispersos (el asesinato furtivo de policías). La existencia de prejuicios profundamente arraigados sobre la causación de los procesos sociales por unas intenciones unitarias —por ejemplo, que las revoluciones suceden porque los revolucionarios las desean, o que el terrorismo se produce porque existen unos locos terroristas— hará que mis opciones analí-

resulten enervantes para muchos. Sólo pido que los lectores resistan lo suficiente para ver que el enfoque de esta obra ayuda a explicar características de la violencia colectiva con las que las explicaciones intencionales tienen problemas.

No hay que confundir violencia con delincuencia o conducta ilegal en general. En el nivel individual como en el colectivo, los gobiernos distinguen por lo general entre conductas prescritas, conductas toleradas y conductas prohibidas. Los gobiernos consisten en (a) conductas legalmente definidas (sobre todo individuales) que los gobiernos no sólo prohíben, sino que también detectan y castigan, y (b) inobservancia detectada y castigada de conductas prescritas por los gobiernos. En todas partes existe una gran cantidad de comportamientos prohibidos por una u otra ley que a la detección y al castigo. Además, hay conductas legalmente prohibidas que fuera del ámbito de los delitos en el sentido estricto de la palabra: violaciones de normas de conducción, disconformidades con las normativas de edificación, incumplimiento de los plazos impositivos y otras faltas similares. La gran mayoría de los actos de los comportamientos ilegales no delictivos suceden sin rastro de violencia. Los actos de conducta ilegal y violencia se solapan, pero no son coincidentes.

Además, gran parte de la conducta violenta se produce con la protección de la ley. Los agentes y aliados del gobierno recurren regularmente a la violencia en cumplimiento de sus propios objetivos. Soldados, marineros, policías, carceleros y guardias del derecho legal —de la obligación legal, incluso— de utilizar medios violentos en representación de su gobierno. Dentro del ámbito de la mayoría de los gobiernos modernos, múltiples partes han ejercido algún tipo de control sobre los medios violentos con distintos grados de autorización por parte de los gobiernos, y sus relaciones con estos han variado rápidamente. Piratas, corsarios, paramilitares, bandoleros, escenarios, mafiosos, milicias, bandas, fuerzas guerrilleras, grupos parapoliciales, policías privadas y guardaespaldas, todos ellos operan en un terreno intermedio entre, por un lado, la completa autorización propia de un ejército nacional y, por otro, el empleo privado de la violencia propio de padres, amantes o clanes feudales. En el futuro, será necesario que examinemos cómo se relacionan con las instituciones de gobierno establecidas las diferentes formas y usos de la violencia. El patrocinio y la presión gubernamental afectan notablemente al carácter y la intensidad de la violencia colectiva en cualquier régimen.

## MECANISMOS, PROCESOS Y EXPLICACIONES

Si fuéramos partidarios de las explicaciones basadas en las ideas, no dudaríamos en centrarnos en cómo diferentes gobiernos y culturas incorporan diferentes concepciones de la violencia y de su permisibilidad, para después mostrar de qué manera la variación en las formas prevalentes de violencia se corresponde con las diferentes concepciones compartidas. Al examinar los diferentes tipos de violencia y los regímenes en que se producen, prestaremos una cierta atención a la variación en las ideas, pero la explicación la buscaremos principalmente en otro ámbito. Si fuéramos partidarios de las explicaciones conductuales, no dudaríamos en resaltar de qué forma las motivaciones, los incentivos, las oportunidades y los controles que propician o inhiben los actos

dañinos varían de un escenario social a otro y, nuevamente, nuestra intención sería mostrar cómo afectan todos esos cambios al carácter y la intensidad de la violencia colectiva. En las páginas que siguen a continuación, las motivaciones, incentivos, oportunidades y controles reciben más atención que las ideas, pero siguen sin constituir el núcleo de las explicaciones que aquí siguen. Como partidarios del enfoque relacional, nuestra atención se centrará en los procesos interpersonales que propician, inhiben o canalizan la violencia colectiva y la conectan con la política no violenta.

Pretendemos explicar la variabilidad: no buscamos leyes generales o explicaciones totales de los acontecimientos violentos, sino dar cuenta de cuáles son las causas de las principales variaciones de la violencia colectiva en distintas épocas, lugares y circunstancias sociales. Buscamos mecanismos y procesos sólidos causantes de cambios y variaciones. Los mecanismos son causas de pequeña escala: acontecimientos similares que producen en esencia los mismos efectos inmediatos en una amplia gama de circunstancias. Los analistas suelen hacer referencia a causas de gran escala (pobreza, frustración generalizada, extremismo, competencia por los recursos, etc.), y las proponen como condiciones necesarias o suficientes para episodios completos de violencia colectiva. Aquí, por el contrario, aspiramos a encontrar mecanismos recurrentes de pequeña escala que produzcan idénticos efectos inmediatos en muchas circunstancias diferentes, aunque se combinen de formas diversas para generar resultados muy distintos a gran escala. Los mecanismos relevantes se presentan en tres sabores: ambientales, cognitivos y relacionales.

Los mecanismos *ambientales* hacen variar las relaciones entre las circunstancias sociales en cuestión y su entorno externo, como, por ejemplo, cuando una sequía diezma los recursos agrícolas de los que depende la guerrilla para su subsistencia diaria. Los mecanismos *cognitivos* operan mediante la alteración de las percepciones individuales y colectivas, como cuando los miembros de un grupo en lucha deciden colectivamente que, por error, han tomado a un enemigo por un amigo. Los mecanismos *relacionales* cambian las conexiones entre unidades sociales, como cuando el líder de una banda llega a un trato con un traficante de cocaína a gran escala y, en consecuencia, transforma unas insignificantes partidas de protección en agentes de alto riesgo para la comercialización de droga.

Los análisis que aquí siguen recurren a las tres modalidades de mecanismos, aunque resaltan los mecanismos relacionales. Por ejemplo, el mecanismo de la *activación de divisorias* aparecerá una y otra vez en las explicaciones de la violencia colectiva. Consiste en un cambio en las interacciones sociales tal que estas cada vez más (a) se organizan en torno a una única línea divisoria nosotros-ellos y (b) diferencian entre las relaciones internas dentro de tal divisoria y las relaciones externas que atraviesan esa divisoria. (La desactivación de una línea divisoria denota el cambio opuesto, hacia nuevas o múltiples líneas de división y hacia la disminución de las diferencias entre las interacciones internas dentro de dicha línea divisoria y externas a través de esta.) En consecuencia, líneas de división nosotros-ellos tales como varón-hembra, hutu-tursi, uniforme de vaquero tipo A y uniforme de vaquero tipo B o terrateniente-campesino, aunque siempre están presentes en determinados entornos, pasan de ser relativamente insignificantes a convertirse en absolutamente dominantes para las interacciones en un momento dado.

Igualmente, en las páginas siguientes encontraremos a menudo el mecanismo de *duría*. La *correduría* opera uniformemente, por definición, conectando siempre al menos dos enclaves sociales más directamente de lo que antes lo estaban. No te, la activación de la *correduría* no garantiza por sí misma una coordinación efectiva de la acción entre los enclaves conectados; eso dependerá de las condiciones iniciales y de la combinación con otros mecanismos. Por ejemplo, si la *correduría* pone en contacto facciones situadas a ambos lados de la divisoria nosotros-ellos sin establecer nuevas conexiones que atraviesen dicha divisoria, entonces ita la polarización de ambos bandos y, por lo tanto, reduce la coordinación global de sus acciones. Si, por otro lado, los corredores compiten por el control dentro mismo lado de la línea divisoria, entonces se produce una fragmentación, por lo os hasta que un corredor elimina a los demás.

En algunas circunstancias, pues, un mecanismo activa otro mecanismo. La *correduría* normalmente la activación de líneas divisorias, dado que las disputas locales entre individuos o familias que se producen entre ambos lados de una divisoria prepero no relevante en un momento dado se transforman en grandes confrontaciones entre categorías por la intervención de terceras partes que conectan a los miembros una con otros miembros de sus categorías. En el genocidio de Rwanda, la *correduría* llevada a cabo por los activistas hutu activó la línea divisoria hutu-tursi entre perque anteriormente vivían en paz, por mucha incomodidad que existiera.

Los procesos son combinaciones y secuencias de mecanismos que producen efectos similares en una amplia variedad de circunstancias. Sin nombrarlo, ya nos hemos encontrado con el proceso de la *polarización*. La polarización implica la ampliación del espacio social y político entre reivindicadores en un episodio de contienda y la vitación de actores previamente no comprometidos o moderados hacia uno, otros o ambos extremos. La polarización combina los mecanismos de las espirales de oportunidades-amenazas, la competencia, la formación de categorías y la omnipresente *correduría*. La polarización propicia generalmente la violencia colectiva, dado que hace que la línea divisoria nosotros-ellos cobre mayor relevancia, vacía la posición intermedia no comprometida, intensifica el conflicto entre ambos lados de la línea divisoria, incrementa la trascendencia de la victoria o de la derrota y mejora las oportunidades para que los líderes emprendan acciones contra sus enemigos.

Quienes lean con atención los capítulos posteriores se darán cuenta de que la distinción entre mecanismos y procesos se torna difusa. A veces, por ejemplo, califico la *correduría* de mecanismo y, otras veces, de proceso. Depende principalmente del nivel de análisis: cuando examinemos de qué forma un actor individual produce un vínculo preciso entre dos actores claramente delimitados y previamente desconectados, hablaremos de la *correduría* como un mecanismo. Cuando hablemos, en términos más generales, de cómo toda una categoría de actores (por ejemplo, los líderes de Poder Hutu en Rwanda) producen vínculos previamente inexistentes, hablaremos normalmente de la *correduría* como un proceso. Si se los examina de cerca, cada mecanismo se compone de otros mecanismos de menor escala: ambientales, cognitivos y relacionales. Denominaremos mecanismo a una causa invariante y de amplia aplicación cuando, en el nivel de observación actual, sus componentes sean invisibles y sus efectos inmediatos indistinguibles.

Mecanismos y procesos nos proporcionan otra forma de pensar en la justificación de este estudio. La tipología provisional de reyertas, ataques dispersos, negociaciones rotas, etc. distingue entre diferentes posiciones en el espacio de la coordinación-relevancia en las que operan grupos similares de mecanismos. La activación de líneas divisorias y la correría aparecen juntas con más frecuencia, por ejemplo, en la zona de elevada coordinación y relevancia que hemos denominado destrucción coordinada que en la zona de baja coordinación y relevancia llamada ataques dispersos. Al menos, eso es lo que defiende este estudio.

## QUÉ VIENE A CONTINUACIÓN

¿Adónde queremos llegar? La presente obra persigue tres objetivos. El primero, establecer un panorama de las variaciones entre formas de violencia colectiva para clarificar qué es lo que es necesario explicar. El segundo, dentro de cada modalidad de violencia colectiva, encontrar relaciones causa-efecto recurrentes que, por ejemplo, aparezcan en los ataques dispersos en cualquier momento y lugar en que estos se produzcan. El tercero, identificar causas que operen de forma similar en diversos tipos de violencia colectiva y que, por lo tanto, afecten a la probabilidad y al carácter de la violencia en general. Por ejemplo, veremos finalmente que la correría —una intervención que establece nuevas conexiones entre personas y grupos previamente desconectados— propicia regularmente el paso a formas más coordinadas de violencia colectiva. No se trata de establecer leyes generales para todos los tipos de violencia, sino más bien de identificar procesos causales clave: aquellos que operan de forma similar a corto plazo en una amplia variedad de circunstancias, aunque producen formas extremadamente distintas de violencia colectiva dependiendo del escenario, de sus combinaciones y de sus secuencias.

Si tenemos éxito, este enfoque no producirá explicaciones completas de todos los episodios violentos. Ni siquiera proporcionará explicaciones completas de episodios individuales. No obstante, producirá diversos resultados valiosos. Explicará variaciones significativas en la violencia —en su cantidad, intensidad y carácter— en distintos tiempos, lugares y escenarios sociales. Explicará ciertas diferencias críticas entre episodios violentos. Explicará los cambios de carácter de la violencia colectiva en lugares y poblaciones particulares. Localizará procesos que, por lo general, transforman unas condiciones propicias a la violencia colectiva (por ejemplo, la presencia de gran cantidad de hombres jóvenes sin supervisión) en interacciones violentas de hecho. Por último, explicará determinadas características confusas de episodios particulares: por qué, por ejemplo, los rwandeses, que por lo demás son más bien pacíficos, se movilizaron por decenas de miles para masacrar a sus vecinos en abril de 1994.

Si tenemos éxito, todos esos esfuerzos acabarán por disolver la clasificación de la violencia colectiva en destrucción coordinada, rituales violentos, oportunismo, reyertas, ataques dispersos y negociaciones rotas. Resultará que todos esos tipos representan diferentes combinaciones de escenarios y procesos causales, pero no especies distintas de interacción social. Seguirán guiando las comparaciones y la investigación de causas, pero no requerirán tipos distintos de explicación. Además, reconocer la poro-

de las fronteras entre tipos hará que resulte más fácil entender las transmutaciones, por ejemplo: cómo un golpe de estado sufre una escalada que lo convierte en masacre a gran escala o cómo una confrontación entre masas se desintegra en tajes dispersos. En cada caso, la transición de un tipo a otro depende de la acción o desactivación de procesos causales clave. Este libro trata de identificar esos s cruciales y mostrar cómo funcionan.

A pesar de concentrarse en procesos colectivos, el libro acaba explicando también violencia individual. Realiza cuatro contribuciones a esa complicada empresa:

*En primer lugar*, al mostrar cómo la dinámica de la interacción personal transforma creencias, inhibiciones y sentimientos previos en el curso de la violencia colectiva, sugiere equivalentes de esas mismas transformaciones en el nivel individual.

*En segundo lugar*, al identificar procesos sociales que facilitan y limitan la utilización a gran escala de medios violentos, sugiere también formas análogas de facilitación y limitación en una escala reducida.

*En tercer lugar*, clarifica de dónde proceden las categorías diferenciadoras que a menudo activan la violencia de pequeña escala —categorías de raza, género, etnia, religión o clase— y cómo los individuos justifican los ataques a los otros cuando estos caen del lado equivocado de la línea de división categorial.

*Por último*, arroja luz sobre la forma en que los medios de violencia y las prácticas violentas quedan a disposición de los individuos y pares de individuos, no sólo de las personas comunes que pasan de formas no violentas a formas violentas de interacción, sino también de los especialistas en violencia que aparecen de manera prominente al examinar los rituales violentos, la destrucción coordinada, el oportunismo, las reyertas, los ataques dispersos y las negociaciones rotas.

Aun en el caso de cumplir todos esos objetivos tan ambiciosos, hay algunas cosas que es posible que los lectores esperen y que la obra no satisface. Ni para la violencia que se pretende explicar, ni para las explicaciones propuestas, se establece un conjunto claramente definido de variables medibles, ni se especifican las medidas de dichas variables, ni se llevan a cabo las mediciones; mucho menos se utilizan tales mediciones para demostrar que la violencia varía de acuerdo con los principales argumentos del libro. Soy un admirador de las buenas mediciones y cálculos, y frecuentemente me basaré en mediciones y cálculos de otras personas en las páginas siguientes. En trabajos anteriores, yo mismo he intentado realizar tales mediciones y cálculos. Pero este libro tiene un objetivo distinto: desarrollar nuevas líneas de explicación aplicables a diferentes épocas, lugares, grupos, escenarios sociales y formas de acción.

De la misma manera, el libro rebosa ejemplos, pero en ningún caso reúne un erpo sistemático de pruebas capaz, en principio, de verificar o de falsar sus argumentos principales. Por ejemplo, en los dos capítulos siguientes aparecen afirmaciones tajantes sobre la clase de regímenes políticos y de transiciones de un régimen a otro que propician altos o bajos niveles de violencia colectiva. Se basan en anteriores estudios, que aparecen citados, los cuales indican que la intensidad global de la vio-

lencia aumenta en las transiciones entre regímenes y en las zonas intermedias entre los extremos de los regímenes represivos de baja violencia y los regímenes democráticos de baja violencia, pero no se aportan ni comparaciones claras entre regímenes bien documentados que difieran en sus niveles de violencia colectiva, ni nuevos datos sobre la variación internacional en esa área. En lugar de eso, los innumerables ejemplos del libro sirven para construir y clarificar nuevas explicaciones de la variación en la forma, la intensidad y la incidencia de la violencia colectiva. Al leer los capítulos siguientes, cabe entenderlos como una síntesis preliminar, una guía para nuevas investigaciones y nuevas teorías.

A pesar de que aspira a ser sintética, la obra sigue abierta a desafíos empíricos y teóricos. Los desafíos empíricos pueden pertenecer a dos niveles: la demostración de que he representado erróneamente casos particulares (como, por ejemplo, la violencia oportunista en Rwanda), y la demostración de que existen datos que contradicen mis afirmaciones sobre algún tipo de variación (tal como las diferencias en el carácter e intensidad de la violencia colectiva entre regímenes democráticos de alta capacidad y regímenes no democráticos de alta capacidad). Los desafíos teóricos podrían identificar, bien defectos lógicos de los argumentos generales, bien teorías existentes que explican el cambio y la variación entre tipos particulares de violencia colectiva de forma más precisa y económica que los mecanismos y procesos que aquí proponemos. Está claro que todos esos desafíos empíricos y teóricos requerirán efectuar cambios en un aspecto u otro de los argumentos del libro. No obstante, lo que yo sostengo es que, en el ámbito de que se ocupan, los argumentos relacionales apuntan mejores explicaciones que las explicaciones basadas en las ideas y la conducta que ahora prevalecen dentro de los análisis de la violencia colectiva.

Así pues, el modo de proceder de una obra como la presente, que aspira a establecer una agenda de investigación, es el siguiente. El capítulo que viene a continuación (capítulo 2) examina más extensamente el lugar que ocupa la violencia en la vida política pública. El capítulo 3 se ocupa de las tendencias y variaciones en la violencia a lo largo de los pocos últimos siglos. Los capítulos 4 a 9 se encargan de cada uno de nuestros tipos provisionales por separado: rituales violentos, destrucción coordinada, oportunismo, reyertas, ataques dispersos y negociaciones rotas. El capítulo 10 extrae conclusiones del conjunto de nuestra empresa.

## La violencia como política

### GOBIERNOS VIOLENTOS

AL TRATAR DE LA VIOLENCIA COLECTIVA ENTRAMOS EN EL ÁMBITO DE LA contienda política, en la que las personas se plantean entre sí reivindicaciones discontinuas, públicas y colectivas. No toda la contienda política genera en absoluto violencia; nuestro problema es precisamente explicar cuándo la contienda da un giro violento. Sin embargo, toda la violencia colectiva implica contienda de una u otra clase.

Podemos introducirnos convenientemente en el terreno de la contienda política señalando en qué casos los gobiernos —o, en términos más generales, los individuos y organizaciones que controlan los medios concentrados de coerción— se convierten en una de las partes presentes en las reivindicaciones discontinuas, públicas y colectivas. Los gobiernos pueden tomar parte en la contienda en calidad de reivindicadores, de objetos de las reivindicaciones o de partes interesadas. Cuando los líderes de dos grupos de activistas musulmanes compiten por el reconocimiento como interlocutores válidos de todos los musulmanes, por ejemplo, los gobiernos con los que dichos líderes dialogarían figuran inevitablemente en la contienda en calidad de partes interesadas. De forma parecida, cuando los mineros hacen huelga contra los propietarios de las minas, los cargos del gobierno puede ser que eviten intervenir vigorosamente (o, incluso, implicarse visiblemente) en el conflicto, pero el gobierno está presente de cerca al ser quien establece las reglas de la negociación colectiva, provee las fuerzas policiales y puede actuar como posible mediador. Así pues, la violencia colectiva es una forma de contienda política. Se la puede considerar *contienda* porque los participantes reivindican algo que afecta a sus respectivos intereses, y de *política* porque siempre está en juego la relación de los participantes con el gobierno.

No obstante, la violencia y el gobierno, mantienen una relación incómoda. Allí donde, y cuando, el gobierno es débil, la violencia interpersonal suele proliferar entre las poblaciones sometidas a la jurisdicción nominal de dicho gobierno. Allí donde, y cuando, el gobierno se hace notablemente fuerte, la violencia entre civiles suele disminuir. Políticos y especialistas en filosofía política suelen ser partidarios de un gobierno fuerte y bueno como defensa contra la victimización por medio de la violencia. Pero todos los gobiernos se reservan el control de ciertos medios concentra-

dos de violencia en forma de armas, tropas, guardias y prisiones. La mayoría de los gobiernos utilizan ampliamente todos esos medios para mantener lo que los gobernantes definen como el orden público.

Además, en todos los gobiernos algunos de los gobernantes utilizan también los medios de violencia para ampliar su propio poder y sus ventajas materiales. Cuando se desencadena violencia colectiva de gran escala, las fuerzas del gobierno, de uno u otro tipo, casi siempre juegan un papel destacado como atacantes, objeto de los ataques, competidores o agentes de intervención. Las guerras internacionales son, simplemente, el caso más extremo —aunque, en conjunto, el más letal— de involucración del gobierno en la violencia. Por todos esos motivos, la violencia colectiva y la política no violenta entran incesantemente en intersección.

Gobernantes, policía, filósofos e historiadores suelen distinguir entre fuerza y violencia. La fuerza, según este punto de vista, consiste en apresar a alguien e infligir daños legítimos a corto plazo, lo que suele significar que las personas que administran los daños gozan de protección legal en sus acciones. Así pues, la fuerza podría incluir la defensa personal legítima, pero no la agresión no provocada. Según ese enfoque, el término violencia se refiere a los daños que no gozan de protección legal.

¿Puede resultar útil a nuestros propósitos la distinción entre fuerza y violencia? Como ciudadanos, todos queremos contar con alguna distinción de ese tipo; todos queremos establecer la frontera entre la utilización correcta e incorrecta de la autoridad de los gobiernos para retener e infligir daños a personas o propiedades. En diversa medida, y con definiciones distintas de lo que es apropiado, también deseamos que los gobiernos utilicen sus medios coercitivos concentrados contra la utilización no apropiada de la violencia. Sin embargo, en vistas a explicar las interacciones violentas, la distinción entre fuerza (legítima) y violencia (ilegítima) se enfrenta a tres objeciones insuperables.

En primer lugar, los límites precisos de la fuerza legítima siguen siendo objeto de fuertes disputas en todos los sistemas políticos. Sólo hace falta pensar en los debates sobre qué comportamientos policiales son o no adecuados cuando se persigue a un sospechoso, sobre lo bueno y lo malo de la pena capital o sobre las acciones permisibles de los militares sobre la población civil en tiempos de guerra. En el curso mismo de las manifestaciones inicialmente pacíficas que cobran un carácter violento, manifestantes y policía casi siempre ponen en cuestión la frontera entre la utilización legítima e ilegítima de los medios de coerción.

En segundo lugar, en la experiencia práctica, lo que tenemos es un largo continuo que va desde (1) las acciones gubernamentales debidamente permitidas cuya adecuación casi todo el mundo acepta, pasando por (2) los actos de negligencia en el cumplimiento del deber por parte de los agentes del gobierno, hasta (3) los daños infligidos con el apoyo secreto o la instigación de algún sector del gobierno. Piénsese en la infiltración del FBI en grupos nacionalistas negros de carácter violento en la década de 1960, en el apoyo norteamericano a las fuerzas paramilitares en Guatemala, El Salvador y Nicaragua en los años de 1980 o en los atentados de activistas musulmanes contra el World Trade Center de Nueva York en 1993 y 2001. En todos esos casos, la violencia colectiva dependió en parte de la connivencia de cargos gubernamentales domésticos o extranjeros. ¿Dónde exactamente, en ese continuo,

¿podemos situar en términos razonables una frontera sólida entre la fuerza legítima y la violencia ilegítima? ¿Desde la perspectiva de quién?

En tercer lugar y más importante para el propósito de este libro, gran parte de la violencia colectiva presente en episodios a los que nos referimos como disturbios, motines o revoluciones involucra directamente a agentes del gobierno como caudillos u objeto de daños. Sin incluir las muertes provocadas o sufridas por la policía o el ejército, no habría modo de explicar la variación en la mortalidad de los distintos tipos de enfrentamientos colectivos. Por ejemplo, en la Comuna de París, en 1871, existe un conjunto de cálculos que nos dicen que unos 16.000 rebeldes murieron en las calles en los enfrentamientos con las tropas nacionales, el ejército nacional invadió la ciudad ejecutó a otros 3.500 rebeldes una vez acabados los enfrentamientos en la calle y, en todo el proceso, murieron 880 miembros del ejército nacional (Chesnais, 1976: 168). Al evaluar la brutalidad que supuso el episodio de la Comuna, está claro que queremos incluir las 16.880 bajas que se calcula que sufrieron ambos bandos en los enfrentamientos en las calles, y es posible que también las 880 ejecuciones. A efectos explicativos, sería raro considerar que un conjunto de rebeldes se debió a la violencia y el otro a la fuerza legítima. Si los rebeldes hubieran sido más numerosos, ¿acaso sus actos no se habrían convertido retroactivamente en fuerza legítima?

Está claro que no toda la violencia colectiva está hecha de confrontaciones entre autoridades y los ciudadanos. Sin embargo, la parte que sí lo está es suficiente como para que sea necesario examinar con detenimiento las interacciones entre la autoridad y los ciudadanos. Ningún estudioso de la violencia colectiva puede permitir excluir las acciones de las autoridades gubernamentales o las interacciones entre autoridades gubernamentales y actores no gubernamentales. En realidad, al final será necesario explicar por qué los regímenes difieren tanto entre sí en las formas y en los efectos de la violencia que promueven, legitiman, toleran o prohíben.

El presente capítulo identifica el contexto político de esa enorme variación. Después de una breve introducción a los distintos tipos de regímenes, repasamos la distinción de actores políticos, el lugar especial que ocupan los emprendedores políticos como medio de conexión y como organizadores de la violencia colectiva y la importancia de los especialistas en violencia tales como la policía y las bandas. A continuación, comparamos tipos generales de regímenes, describimos los modelos generales de interacción política en diversos tipos de regímenes y examinamos con mayor detenimiento la variación en tipo e intensidad de la violencia colectiva en los diferentes tipos de régimen. Este repaso de los contextos políticos debería hacer que resultara más fácil de entender cómo la organización de la vida política en general condiciona el carácter de la violencia colectiva y hasta qué punto interactúan las formas violenta y no violenta de vida política.

Así pues, permítasenos que adoptemos un conjunto simple de herramientas conceptuales para llevar a cabo la tarea que nos proponemos. Una vez identificado un gobierno, podemos mirar a su alrededor en busca de los actores políticos organizados que, en ocasiones, interactúan con él. El total del conjunto de interacciones de tales actores entre sí y con el gobierno constituye un *régimen político*. Dentro de un régimen, podemos distinguir a:

- *agentes del gobierno*
- *miembros del sistema político* (actores políticos constituidos que gozan de acceso rutinario a los agentes y recursos gubernamentales)
- *desafiadores* (actores políticos constituidos que carecen de dicho acceso rutinario)
- *sujetos o súbditos* (personas y grupos no organizados en un momento dado como actores políticos constituidos), y
- *actores políticos externos*, que incluyen a otros gobiernos.

Por supuesto, se trata de categorías enteras de actores, más que de actores individuales. Las divisiones entre categorías que favorece el gobierno separan a los actores en dos planos diferentes: en el plano general y, también, dentro de cada una de las categorías. En el plano general, por ejemplo, cualquier gobierno establece determinadas distinciones entre sus propios agentes y los miembros del sistema político y lo normal es que ponga los recursos gubernamentales directamente a disposición de sus agentes y, sin embargo, requiera que los miembros del sistema político sigan los procedimientos establecidos (peticiones formales, solicitudes, contratos, audiencias y similares) para tener acceso a recursos similares.

A veces, los gobiernos también aceptan o refuerzan la frontera que existe entre los desafiadores y los miembros del sistema político, al resolver la cuestión de quién pertenece a ellos y quién tiene derecho a hablar en nombre de los desafiadores, aunque les niegue a estos el acceso rutinario a los recursos gubernamentales. En las primeras fases del movimiento por los derechos civiles de la década de 1960, por ejemplo, los agentes del Gobierno estadounidense entablaron conversaciones con líderes de las organizaciones por los derechos civiles sin reconocerlos en absoluto como portavoces de los afroamericanos en su conjunto. Más tarde, organizaciones como la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color pasaron a ocupar una plaza fija en las discusiones sobre relaciones raciales apoyadas por el Gobierno, mientras que el Gobierno seguía acosando a toda una cantidad de grupos nacionalistas negros. Así, las distinciones entre agentes del gobierno, miembros del sistema político, desafiadores, sujetos y actores políticos externos cobran un estatus legal.

La formación de categorías es en sí misma un proceso político clave. La formación de categorías da origen a identidades. Una categoría social consiste en un conjunto de enclaves que comparten una línea divisoria que los distingue a todos ellos (y los relaciona con) al menos otro conjunto de enclaves manifiestamente excluidos por esa línea divisoria. La formación de categorías se produce por medio de tres mecanismos distintos: la invención, el préstamo y el choque. La *invención* implica trazar de forma autoritaria una línea divisoria y prescribir las relaciones entre ambos lados de dicha línea, como cuando los líderes serbio-bosnios de Bosnia-Herzegovina decretan quién es serbio allí y quién no y, después, regulan cómo deben interactuar los serbios con los no serbios. El *préstamo* implica la importación de una línea divisoria junto con un paquete de relaciones previamente existentes en otro lugar y su establecimiento en el escenario local, como cuando los revolucionarios franceses en el campo se dividieron siguiendo las líneas de patriotas *versus* aristócratas en torno a las cuales ya se habían dividido París y otras grandes ciudades de Francia. El *choque* implica un primer contacto entre redes antes separadas (pero internamente bien

ectadas) en el curso del cual miembros de una red empiezan a competir por los sos con miembros de la otra e interactivamente generan definiciones de la línea ría y de las relaciones entre ambos lados de dicha línea.

Pero las fronteras entre categorías también están presentes en el seno de los principales grupos de actores. Por ejemplo, cualquier gobierno particular puede tener tracon diferentes miembros del sistema político organizados en forma de comunidades locales, de congregaciones religiosas, de unidades militares y de categorías de pietarios. Además, pronto tendremos que destacar dos clases de actores con zonas de intersección entre sí que ocupan un lugar prominente en la violencia colectiva: (1) emprendedores políticos, cuya especialidad consiste en organizar, vincular, dividir y representar a sectores de la población, y (2) los especialistas en el empleo de los medios violentos, como es el caso de soldados, policía, sicarios y jefes de bandas. Las distinciones entre agentes del gobierno, miembros del sistema político, desafiadores, sujetos y actores políticos externos no es más que el inicio del análisis. Dichas distinciones nos dicen que existe una profunda línea de división que separa a los actores con acceso rutinario a los agentes y los recursos del gobierno de aquellos que carecen de tal acceso (por ejemplo, las minorías nacionales que protestan).

Las transacciones entre agentes del gobierno, miembros del sistema político, desafiadores y sujetos conforman un *régimen*. La política pública dentro de un régimen consiste en las interacciones reivindicativas entre agentes, miembros del sistema político, desafiadores y, también, actores políticos externos. La política pública incluye la imposición de impuestos, el servicio militar obligatorio, el voto individual, la solicitud de pensiones y muchas otras transacciones en las que son parte los gobiernos.

La *contienda* política consiste en ese (gran) subconjunto de la política pública en el que las reivindicaciones son colectivas y, de verse satisfechas, afectarían a los intereses de sus objetos. La contienda política, pues, excluye la recaudación rutinaria de impuestos, la presentación para realizar el servicio militar, el voto y la solicitud de pensiones. No obstante, cualquiera de esas actuaciones puede volverse contenciosa si personas se resisten colectivamente a ellas. En la Europa del Antiguo Régimen, por ejemplo, buena parte de todas las revueltas populares se iniciaban con los intentos por parte del rey de imponer nuevos impuestos o aumentar los ya existentes (Tilly, 1993).

Además, algunas formas de política pública casi siempre implican violencia colectiva. Rebeliones, revoluciones, movimientos sociales, manifestaciones, huelgas generales y campañas electorales muy reñidas sirven para ilustrar las formas irreductiblemente contenciosas de política pública. Por último, ciertas reivindicaciones contenciosas toman como forma la inflicción de daños a personas u objetos: rebeldes que asesinan a gobernantes, revolucionarios que saquean palacios, etc. Es este subconjunto de la contienda política aquel cuya variación pretendemos explicar.

En la Rwanda de principios de 1994, el Gobierno del presidente Habyarimana tenía su base en la capital (Kigali) y ejercía su contestada jurisdicción en todo el resto del país. Entre los miembros del sistema político se contaban los grupos hutu leales a la facción de Habyarimana, mientras que entre los desafiadores figuraban tanto algunos grupos hutu disidentes como las fragmentarias redes tutsi, algunas de ellas armadas. En el límite entre los desafiadores y los actores políticos externos estaban las

milicias tutsi que operaban a lo largo de la frontera entre Rwanda y Uganda. El propio Gobierno de Uganda, que acogía a las milicias tutsi y les proporcionaba la base desde la que efectuaban sus incursiones en Rwanda, aparecía como un significativo actor político externo.

La contienda en cuestión giró en torno a las aspiraciones de grupos rivales a controlar el Estado de Rwanda y su territorio. En este caso, las reivindicaciones pronto se volvieron violentas. Nuestra tarea consiste en explicar cómo y por qué ocurren procesos como esos. En particular, se trata de explicar por qué la violencia varía tanto en su relevancia y en su coordinación. Rwanda nos ofrece un aterrador ejemplo de alta relevancia y alta coordinación simultáneamente. Pero en otros lugares —incluso en Rwanda durante la mayor parte del tiempo antes de 1994— la violencia colectiva se produce por lo general en modalidades con menores niveles de relevancia y de coordinación. ¿Qué es lo que explica esa enorme variabilidad?

## ACTORES POLÍTICOS E IDENTIDADES

La palabra «régimen» sintetiza las relaciones entre agentes del gobierno, miembros del sistema político, desafidores y sujetos. De forma más precisa, aglutina millares de transacciones entre las personas comprendidas en esas categorías para, después, realizar poderosas abstracciones a partir de ellas. Como pronto veremos en abundantes ejemplos, resulta importante si las personas organizan sus interacciones en forma de ciudadanos agraviados, defensores de intereses especiales, congregaciones religiosas, comunidades locales, grupos étnicos, naciones reprimidas, mujeres, homosexuales, veteranos o de cualquier otra forma. La gama de identidades políticas disponibles realmente importa.

¿Quién actúa? ¿Qué clases de personas es probable que participen en la contienda política? Es decir, ¿qué clases de personas es probable que efectúen reivindicaciones públicas concertadas que involucren a gobiernos como objetos o terceras partes y que, si se vieran satisfechas, afectarían manifiestamente a los intereses de personas externas a sus propias filas? En principio, cualquier conjunto conectado de personas (dentro de un régimen dado) que disponga de una definición de cuáles son sus intereses comunes reuniría los requisitos. En la práctica, más allá de una escala muy local, dentro de cualquier actor que se decida a plantear reivindicaciones existe al menos un grupo de personas previamente conectadas entre las que han circulado relatos ampliamente aceptados sobre cuál es su situación estratégica: oportunidades, amenazas, medios disponibles de actuación, consecuencias probables de las acciones, evaluación de esas consecuencias, capacidad para actuar, recuerdos de contiendas anteriores e inventarios de probables otras partes en cualquier acción. Muchos de los activistas hutu que instigaron la masacre de los tutsi y de los hutu disconformes en Rwanda durante la primavera y el verano de 1994 pertenecían, por ejemplo, a una milicia bien conectada dirigida por el presidente cuyo asesinato desencadenó el derramamiento de sangre (Mamdani, 2001).

Además, en la práctica, ese tipo de actores ha establecido por lo general relaciones anteriores —contenciosas o no— con otros actores colectivos. Esas relaciones han

terminado la estructura interna de los actores y han contribuido a generar sus relatos. Por último, en la práctica, las unidades constituyentes de que se componen los relatos de las reivindicaciones suelen ser, no individuos que viven y respiran, sino grupos, organizaciones, manojos de relaciones sociales y enclaves sociales tales como profesiones y los barrios. Los actores están hechos de redes que despliegan historias, culturas y vínculos colectivos parcialmente compartidos con otros actores. Los actores aparecen nuevamente en la centralidad de las milicias hutu como conectoras en el conflicto rwandés de 1994.

Sin embargo, esos actores casi nunca se describen a sí mismos como redes complejas, sino que, al contrario, presentan denominaciones colectivas: se llaman trabajadores, mujeres, residentes de X o Frente Unido Contra Y. Todas esas *identidades* suponen una respuesta pública y colectiva a las preguntas sobre «¿quién soy yo?», «¿quiénes somos?» y «¿quiénes son?». Como tales, están sujetas a constantes negociaciones. En 1994, quién hablaba en nombre de los hutu y quién en nombre de los rwandeses en general se convirtió en cuestión de vida o muerte. Las identidades políticas reúnen los siguientes elementos cruciales:

- unas *líneas divisorias* que separan a «nosotros» de «ellos», por ejemplo: a los hutu de los tutsi;
- unos *relatos* sobre esas líneas divisorias, por ejemplo: los relatos de los hutu sobre las características distintivas de hutu y tutsi, así como sobre el origen de esas diferencias;
- unas *relaciones sociales* entre ambos lados de la línea divisoria, por ejemplo: la forma de abordar las transacciones de gobierno entre hutu y tutsi;
- unas relaciones sociales *internas* en un mismo lado de una línea divisoria, por ejemplo: las señas entre los hutu que indican su pertenencia al mismo grupo.

Las identidades políticas sirven de trampolín para la reivindicación, pero su utilidad política es mucho mayor que sólo esa. Para simplificar un proceso político muy complejo: los agentes del gobierno separan las identidades en legítimas e ilegítimas, reconocidas y no reconocidas. Algunos regímenes toleran las asociaciones con intereses especiales, como Greenpeace o los Boy Scouts como actores políticos legítimos, mientras que otros no toleran asociaciones públicas no gubernamentales de ninguna clase. Incluso en el uso allí donde las asociaciones que representan categorías étnicas, religiosas o raciales tienen legítimo derecho a existir, algunas organizaciones obtienen el reconocimiento como representantes válidos de su categoría étnica, religiosa o racial, mientras que otras no obtienen tal reconocimiento. Los derechos políticos se implantan a través de las luchas por el reconocimiento (Foweraker y Landman, 1997; Tilly, 1998a).

La aparición del nacionalismo afectó fuertemente al carácter de esas luchas para lograr el reconocimiento. Antes de las revoluciones norteamericana y francesa, la gente raras veces exigía derechos o reivindicaba que los demás tenían ciertas obligaciones hacia ellos por el hecho de pertenecer a una nación distinta. La lealtad de las personas se dirigía hacia tradiciones religiosas o culturales, pero, en la mayoría de los casos, sólo emprendían acciones colectivas en nombre de dichas tradiciones cuando alguien se proponía aplastarlas o robarles los derechos a ellas vinculados. A partir de



finales del siglo XVIII, sin embargo, el nacionalismo cobró importancia como principio político: una nación debía tener su propio estado independiente, y un estado independiente debía tener su propia nación.

De ese principio surgieron dos versiones antagonistas de nacionalismo. El nacionalismo *de arriba a abajo* defendía el derecho de los gobernantes existentes a imponer sus definiciones predilectas de la cultura y el bienestar nacional a los súbditos de sus regímenes. El nacionalismo *de abajo a arriba* reivindicaba el derecho de naciones específicas dentro de estados heterogéneos a gozar de independencia política. Ambos tipos de nacionalismo se alimentaban mutuamente: cuanto más intentaban los gobernantes imponer culturas y obligaciones nacionales, más clamaban por la independencia las minorías específicas. Dado que, en torno a los vínculos étnicos y religiosos, las personas habían organizado redes de confianza, comerciales, de socialización y de ayuda mutua, el nacionalismo de arriba a abajo no sólo dañaba la autoestima de las minorías, sino que amenazaba sus medios de subsistencia diaria.

A partir de la Revolución Norteamericana, los líderes de los estados poderosos —en particular el Estado francés revolucionario y napoleónico— utilizaron el principio de autodeterminación para instigar el desmembramiento de las potencias rivales de carácter compuesto, como los Imperios otomano y de los Habsburgo. Así pues, empezó a resultar provechoso para las minorías presentes en el seno de todo tipo de regímenes el hecho de designarse a sí mismas como naciones en proceso de constitución, crear una historia y unas prácticas que validaran dicha designación y pedir ayuda en el exterior para lograr la independencia. Los líderes étnicos emprendedores se dieron cuenta rápidamente de que podían conseguir el poder si obtenían el reconocimiento como representantes de naciones válidas, y podían perderlo rápidamente si otros lo lograban antes. Desde la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los conflictos violentos de gran escala en todo el mundo han implicado esa clase de reivindicaciones.

Luchas parecidas por el reconocimiento se producen a menor escala en nombre de toda una variedad de otras identidades. Como han aprendido los activistas gay y lesbianas norteamericanos, lograr la legitimidad como una categoría de actor político implica costes y ganancias significativos (Bernstein, 1997). Por ejemplo, para presentar a tus partidarios como una minoría injustamente excluida hace falta resaltar las analogías con otras minorías anteriormente excluidas. Si se tiene éxito en ello, eso otorga a la nueva minoría acceso a derechos ya establecidos. Tal y como ilustra la competencia entre diferentes portavoces potenciales de gays y lesbianas, también es mucho lo que se juegan con el reconocimiento las organizaciones y líderes particulares, por ejemplo: ¿representan la ACT y la UP a todos los gays norteamericanos?

Gran parte de lo que la gente denomina de manera laxa «política identitaria» consiste en luchas por la legitimación y el reconocimiento. Las luchas tienen lugar dentro de los límites que definen una categoría, entre ambos lados de dichos límites, respecto a dónde se sitúan esos límites y cuál es su carácter, en torno a las narrativas vinculadas a dichos límites y sobre las relaciones entre, por un lado, las personas que comparten una respuesta común a la pregunta «¿quién eres tú?» y, por otro, los demás actores políticos, incluido el gobierno (Tilly, 2002).

## EMPRENDEDORES POLÍTICOS Y ESPECIALISTAS EN LA VIOLENCIA

mención de los movimientos sociales contemporáneos debería hacernos pensar en todos los actores políticos cuya voz ha quedado silenciada hasta el momento. que su contrapartida económica, los *emprendedores políticos* se dedican a diversas formas de correduría: creación de nuevas conexiones entre enclaves sociales previamente desconectados. Pero su papel va mucho más allá de la vinculación de enclaves. Se especializan en la activación, la conexión, la coordinación y la representación. Se especializan en activar (y a veces desactivar) líneas divisorias, relatos y relaciones, cuando los líderes serbio-bosnios radicalizaron la línea que los separaba de sus otros musulmanes o croatas con quienes los bosnios de ascendencia serbia llevaban o tiempo mezclándose, casándose, comerciando y colaborando. Se especializan en conectar (y a veces desconectar) diferentes grupos y redes, como cuando esos líderes integraron las bandas armadas serbias en coaliciones nacionalistas más amplias. Se especializan en la coordinación, como cuando esos líderes organizaron las redes conjuntas de esas coaliciones.

Los emprendedores políticos se especializan, por último, en la representación, cuando los líderes serbio-bosnios afirmaban hablar en nombre de todos los bosnios de ascendencia serbia al solicitar la ayuda de Serbia para la creación de entes políticos serbios dentro de Bosnia. De ese modo, los emprendedores políticos tienen una considerable influencia en la presencia, la ausencia, la forma, los lugares y la intensidad de la violencia colectiva. Cuando promueven la violencia, lo hacen activando líneas divisorias, relatos y relaciones que ya han acumulado un historial de violencia, conectando actores ya violentos de antemano con aliados previamente no violentos, coordinando campañas de destrucción; y representando a sus partidarios con amenazas de violencia. Después de eso, tanto los participantes como los observadores hablan de unas identidades profundamente arraigadas y de odios ancestrales. Sin embargo, antes y durante la contienda, los emprendedores políticos desempeñan un papel crucial en la activación, la conexión, la coordinación y la representación de los participantes en los enfrentamientos violentos.

A través de la activación, la conexión, la coordinación y la representación, los emprendedores políticos se dedican necesariamente a un acaparamiento de oportunidades que genera desigualdades. También suelen dedicarse a la explotación. Se especializan en el acaparamiento de oportunidades cuando crean o activan líneas divisorias entre nosotros-ellos entre sus propias redes y los elementos externos, rechazan a los rivales a coordinar y representar a algunas de esas mismas redes (o a todas ellas), extraen de esas redes los recursos que necesitan y emplean dichos recursos de manera que, simultáneamente, plantean reivindicaciones colectivas, reproducen estructuras que han construido y sustentan su propio poder. Por supuesto, con frecuencia fracasan en uno u otro punto. Cuando eso ocurre, el fracaso genera violencia colectiva dentro de los límites mismos de la coalición cuando emprendedores luchan con sus facciones por controlar la activación, conexión, coordinación y representación.

Así, los emprendedores políticos coordinan los esfuerzos de una gran coalición

ción a favor de un pequeño grupo dentro de esa coalición, su acaparamiento de oportunidades se convierte en una forma de explotación. Vale la pena insistir en este riesgo bien conocido de la contienda política, dado que ayuda a explicar por qué con frecuencia los emprendedores políticos promueven la violencia colectiva cuando, en una lectura más fría de los intereses de su grupo, lo que se requeriría sería la disolución, la huida o el enfriamiento de la actividad. Los emprendedores políticos se convierten en especialistas en activar líneas divisorias que sirven a su propia interpretación de las ventajas colectivas.

Los emprendedores políticos se complementan y se solapan con otro tipo significativo de actor político: los *especialistas en la violencia*. Todos los gobiernos incluyen a especialistas en la violencia, personas que controlan los medios para infligir daños a personas y objetos. La gama de personajes varía considerablemente según el tipo de gobierno, pero, por lo común, incluye a personal militar, policía, guardias, carceleros, verdugos y funcionarios judiciales. Cuando era joven, serví una temporada en la marina estadounidense como encargado de la nómina de un escuadrón anfíbio con ocho navíos. Cuando saltá a pagar a la tropa, nos colgábamos del cinto una pistola cargada de 45 mm. para proteger el dinero que llevábamos en efectivo mientras pasábamos de un navío a otro. Aunque nunca disparamos un tiro, durante esas horas nos transformábamos en especialistas menores en la violencia. (De hecho, un desagradable intercambio con el centinela de una base naval en el que yo exhibí mi pistola de forma excesivamente prominente casi me lleva ante un tribunal militar. Hasta los cobardes como yo se vuelven peligrosos cuando se les ponen armas pesadas en las manos.) La mayoría de los especialistas gubernamentales en la violencia controlan mayores medios de coerción y poseen conocimientos más extensivos sobre su utilización que yo y mi reducido grupo, unos especialistas que van desde tiradores profesionales a bombarderos o verdugos.

No obstante, muchos especialistas en la violencia trabajan fuera del gobierno. Algunos atletas —boxeadores, gladiadores, toreros y jugadores de rugby son claros ejemplos— están especializados en infligir daños. Guardias jurados, policías privadas, fuerzas paramilitares, guerrilleros, terroristas, sicarios, bandidos, coartadores, chantajistas, miembros de bandas enfrentadas y desvalijadores de coches a veces cuentan con la protección del gobierno, pero lo normal es que operen al margen del gobierno, incluso desafiándolo. En realidad, antes de la aparición de unos estados centralizados según el modelo europeo en los siglos XVII y XVIII, innumerables especialistas en la violencia ejercían su profesión de forma cuando menos parcialmente independiente del control gubernamental en la mayor parte del mundo. Incluso las poderosas dinastías chinas existían con señores de la guerra y bandidos en su seno y con pueblos nómadas armados y depredadores en sus márgenes. En Europa misma, ejércitos privados, mercenarios, milicias locales, bandidos y piratas competían todos ellos, y a veces colaboraban, con los ejércitos nominalmente nacionales (Thomson, 1994).

Por si acaso caemos en la tentación de considerar a los especialistas en la violencia como personas guiadas por la sed de sangre, hay que reconocer que para la mayoría de ellos el resultado ideal de la interacción política es, en la mayoría de las ocasiones, la manipulación de los demás sin infligir ningún daño. El especialista verdaderamente efectivo emplea las *amenazas* de violencia de forma tan persuasiva que los

ceden antes de que comiencen los daños (Blok, 2001; Cohn, 1993). Está claro demostrar de vez en cuando la falta de escrúpulos robustece la reputación de un ista, y que retroceder ante una amenaza manifiesta daña su credibilidad. Los osos de la vida real (a diferencia de sus simulacros cinematográficos) lo saben. Al amenazar con la violencia en caso de no cumplir con las imposiciones, ofrezco garantías de que se cumplirán los contratos allí donde fracasan los tribunales y organismos similares. No obstante, de vez en cuando los mafiosos también la prescriptiva disposición a asesinar, mutilar o robar (Blok, 1974, 2001; betta, 1993; Varese, 2001; Volkov, 2002). En el caso de los ejércitos respaldados el gobierno, los desfiles precisamente coordinados y la exhibición de armamento ucen algunos de esos mismos efectos. Una manifiesta capacidad para infligir os favorece la detentación del poder sobre todo aquello que esos mismos daños en lograr.

Así pues, la categoría de los emprendedores políticos se solapa con la categoría de especialistas en la violencia. En la zona de intersección entre ambos están los líderes de mercenarios, los tratantes internacionales en armas, los señores de la guerra nales, los dirigentes militares y muchas figuras políticas que disponen de un 'to propio. De hecho, en el transcurso de la larga historia de la humanidad, las políticas más destacadas han combinado la empresa política con el control de medios de coerción. Sólo en los últimos pocos siglos se ha convertido el detentador de poder sin armas en un actor político habitual.

La India contemporánea ofrece sorprendentes ejemplos de especialistas en la violencia algunos de los cuales son también emprendedores políticos. El etnógrafo psiquiátrico Sushir Kakar describe a un *pehlwan* (luchador-sicario) al que conoció por mediación de un jefe político musulmán en Hyderabad. Akbar, el *pehlwan*, tenía un dilatado expediente policial que empezaba con pequeños delitos cometidos a la edad de 20 os. También pasó un tiempo en la policía, para acabar en prisión por asaltar a un inspector de policía. Ahora es propietario de un hotel y tres gimnasios en los que se practica la lucha, aunque la mayoría de sus ingresos proceden del «negocio de la tierra»:

Dicho sin tapujos, el «negocio de la tierra» es una de las consecuencias de la ruina del sistema legal de la India. Dado que las disputas entre propietarios y arrendatarios y otras disputas por la tierra y la propiedad pueden tardar más de una década en resolverse si se pretende resolver los agravios en los tribunales, una de las partes en la disputa recurre al *pehlwan* para expulsar o, si no, intimidar a la parte contraria. Una vez «resuelta» la disputa por ese medio, el *pehlwan* recibe una gran suma por sus servicios. En el caso de los *pehlwan* bien conocidos que poseen [gimnasios] y disponen de gran número de sicarios en calidad de alumnos y de asistentes para múltiples usos, el negocio de la tierra puede reportar grandes beneficios (Kakar, 1996: 60).

Cuando las dos partes en una disputa contratan a sus propios *pehlwan*, los dos coartadores se suelen reunir para alcanzar un acuerdo sin llegar a la lucha abierta. La fuerza combinada de ambos hace entonces que resulte difícil para cualquiera de las agravias oponerse al acuerdo. Sin embargo, cuando hindúes y musulmanes toman las calles de Hyderabad, los atletas de Akbar figuran en la línea de vanguardia en nombre del poder musulmán. Tal y como se jacta Akbar:

Es falsa la impresión de que en cada disturbio mueren más musulmanes que hindúes. Puedo afirmar con total seguridad que, al menos en Hyderabad, eso no es cierto. Aquí los musulmanes son muy fuertes y están completamente unidos. En los disturbios mueren más hindúes que musulmanes (Kakar, 1996: 64).

Akbar constituye, por supuesto, un tipo determinado de emprendedor político especializado en la activación, conexión, coordinación y representación. Pero Akbar y sus jóvenes también son especialistas en la violencia. En sus estudios sobre la India en las décadas de 1980 y 1990, Paul Brass habla de un «sistema institucionalizado de disturbios» que incluye una amplia diversidad de especialistas en la violencia que operan bajo el control aproximado de los líderes de los partidos políticos (Brass, 1997: 13–20). Aparte de los disturbios, actúan como guardas y coartadores de diversos tipos. En relación con los disturbios, sirven de coordinadores y tropas de choque.

Vadim Volkov describe una variante rusa de los especialistas en la violencia que recuerda inquietantemente a sus equivalentes indios. Con la apertura de los mercados en Ekaterinburg a finales de los años de 1980, ciertos miembros de los clubes deportivos se dedicaron a ofrecer protección a los comerciantes por una tarifa regular. Se especializaron en la explotación con venganza. Su control de los medios de violencia les permitía obtener tributos a partir de los esfuerzos de los comerciantes. Los fundadores de la banda Uralmashevskaya fueron «los hermanos Grigorii y Konstantin Tsyganov, el luchador Sergei Vorobiev, el esquiador Alexander Khabarov y los boxeadores Sergei Terentiev y Sergei Kurdiunov» (Volkov, 2000: 734; véase también Volkov, 2002: cap. 4).

Después de imponerse a otras bandas, la banda Uralmashevskaya luchó para conseguir poder económico y político en la región de Ekaterinburg. Sus líderes se convirtieron en activos emprendedores políticos. En 1996, por ejemplo, Khabarov organizó la rama regional del Movimiento de Trabajadores en Apoyo de Boris Yeltsin. Por sus servicios, recibió una carta personal de agradecimiento del reelegido presidente Yeltsin y un reloj grabado del gobernador de la región.

Los ciudadanos locales, informa Volkov, siguen viendo la asociación como una banda criminal. No obstante, su carrera aparece resumida del siguiente modo:

Así pues, la banda mafiosa Uralmashevskaya ha experimentado la siguiente evolución. Especialistas locales de la violencia –antiguos deportistas– crean una organización, una agencia de gestión de la violencia, que les permite extraer tributos de los negocios locales a cambio de protección. Después de establecer un cierto tipo de control territorial, la agencia libra una guerra contra las agencias rivales de gestión de la violencia. Sobrevive y sale victoriosa de la contienda por eliminación de sus contrincantes, con lo que amplía tanto su territorio como sus oportunidades comerciales. Después de haber conseguido una posición de monopolio entre los coartadores informales, Uralmashevskaya escoge una política económica de impuestos moderados y protección fiable de la propiedad, con lo que crea un entorno relativamente seguro, así como genera ventajas competitivas para sus socios comerciales (Volkov, 2000: 741).

Asistimos a cómo una banda criminal desarrolla fuertes vínculos con el gobierno regional; de hecho, la vemos convertirse en algo parecido a una agencia gubernamental. Aunque organizaciones como Uralmashevskaya siguen realizando actividades téc-

ente ilegales, cada vez se dedican más a la provisión de servicios que demandan propios negocios: servicios de protección, de garantía del cumplimiento de los tratos, de cobro de deudas y otros similares. Aunque siguen reclutando a sus ope-  
del extinto régimen soviético y, en ocasiones, prestan servicios a organizacio-  
cadas principalmente al robo o a la extorsión, cada vez se diferencian más de  
undo. Igual que los gobiernos se dedican a la disuasión nuclear, ellos están espe-  
dos en la *no*-utilización estratégica de su control de los medios de violencia  
lkov, 2002: cap. 3).

La historia de Ekaterinbutg puede que nos parezca un caso raro, un producto  
iar de los problemas de Rusia a lo largo de la década de 1990. No obstante,  
afirma Volkov, no es sino la recapitulación de un proceso histórico habitual.  
y otra vez, especialistas efectivos no gubernamentales en la violencia han esta-  
do alianzas con los gobiernos existentes, han pasado a ser parte del gobierno, han  
cado al gobierno existente o se han erigido ellos mismos en gobierno. En las  
en las que (a diferencia de los efectivos de Akbar) los coartadores indios se han  
o con los partidos gobernantes en la región, estos ocupan una posición en tér-  
os generales similar a la de Uralmashevskaya. La historia de los bandidos de  
bin Hood, que se unieron a las fuerzas del rey de Inglaterra, nos ofrece el mismo  
de parábola. De hecho, las excepciones históricas son los casos en los que la línea  
los especialistas gubernamentales y no gubernamentales en la violencia está cla-  
ramente definida y resulta impermeable.

Bill Berkeley, observador próximo, contempla la violencia colectiva africana  
mo un ejemplo extremo del mismo fenómeno.

El conflicto étnico en África es una forma de crimen organizado. La «cultura» que gobier-  
na los conflictos africanos es similar a la de la mafia siciliana o a la de los Crips y los Bloods  
de Los Ángeles, con los mismos imperativos de sangre y de familia que vinculan a todas  
esas bandas. Las facciones guerreras de África se entienden mejor, no como «tribus», sino  
como empresas de mafiosos cuyos líderes calculan sus estrategias con la misma lógica  
ancestral que utiliza Don Vito Corleone.

Lo que es diferente en África es lo que está en juego, que se multiplica exponencial-  
mente en aquellas circunstancias en las que el estado mismo es una banda y no existe la  
ley. Es como si los hombres como Vito Corleone no sólo se hubieran hecho con el con-  
trol del «territorio» situado en los márgenes de la sociedad, sino del propio estado y de  
todos sus órganos: la policía y el ejército, la policía secreta, los tribunales, el banco cen-  
tral, el servicio civil, la prensa, la televisión y la radio (Berkeley, 2001: 15).

Berkeley exagera la uniformidad del conflicto étnico en África. Como ya nos ha mos-  
trado el caso de Rwanda, las milicias, las guerrillas y los ciudadanos armados tienen a  
un papel crucial en la violencia colectiva africana y desafían a quienes nominal-  
mente dirigen el estado. Mercenarios como los despiadadamente eficientes Executive  
Outcomes, con base en Sudáfrica, han intervenido con letales efectos en Sierra Leona y  
en otros lugares (Shannon, 2002). No obstante, tal y como afirma Berkeley, en toda  
existe una gran cantidad de violencia depredadora. Los especialistas en violencia  
–muchos de los cuales no son ciudadanos de los países en los que operan y algunos de

los cuales son mercenarios o aventureros europeos— se afilian a los sindicatos del crimen organizado de África sin convertirse en sus sirvientes obedientes.

También en Latinoamérica, los especialistas en la violencia han tomado repetidamente el poder, o han inclinado su balanza, en países enteros. Centroamérica ha sufrido especialmente la frecuente disponibilidad de aliados externos —incluidos traficantes de droga y de armas y el Gobierno de los Estados Unidos— para crear nuevas unidades armadas, por muy sucio que eso pueda resultar. William Stanley describe el terrible año de 1980 en El Salvador, cuando los asesinos acabaron con la vida de fiscal general Mario Zamora Rivas, el arzobispo Óscar Romero y muchos otros oponentes de la violencia paramilitar. Todos esos asesinatos sólo fueron la parte más visible:

Todas esas muertes fueron acompañadas de casi doce mil más. La mayoría eran personas capturadas y ejecutadas por los escuadrones de la muerte o muertas en las enormes masacres realizadas por las fuerzas del Gobierno en las áreas rurales. En cada gran manifestación o huelga laboral, el movimiento popular perdía docenas de partidarios y de sus líderes clave. En un cierto sentido, la represión dio sus frutos. Las manifestaciones se volvieron más reducidas y eran cada vez menos las personas que se identificaban abiertamente como militantes de una organización de izquierdas. No obstante, el Estado represor pagó un alto precio: aunque las manifestaciones y las huelgas fueron disminuyendo progresivamente de tamaño, dentro de la oposición de izquierdas se produjo un giro paralelo hacia una estrategia militar. En mayo, la izquierda empezó a desplazar a sus militantes hacia las áreas rurales para desarrollar una estructura militar. Para septiembre, el proceso estaba ya bien avanzado, aunque los grupos todavía carecían de armas. Para noviembre, la izquierda, ahora unificada como Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) empezaba a conseguir suficientes armas como para formar un ejército (Stanley, 1996: 178).

La escalofriante experiencia de El Salvador aporta nuevos puntos en relación con los especialistas en la violencia: estos varían sistemáticamente en su proximidad a los gobiernos (y en su patrocinio); a veces se organizan en oposición a las organizaciones de especialistas en la violencia existentes; y no hay una línea clara que distinga su política de la de las fuerzas armadas pertenecientes a gobiernos establecidos. Estos puntos también se aplican al Asia meridional, Rusia y África.

Por todo el mundo —por ejemplo, en Colombia, el Cáucaso, Palestina, Liberia, Sri Lanka e Indonesia— los especialistas en violencia ocupan un lugar destacado en las versiones de mayor escala de la violencia colectiva. Está claro que entre los especialistas en violencia a veces hay fanáticos (o personas que se vuelven fanáticas), incluso terroristas suicidas. También hay muchos fieles sirvientes de estados de derecho. Pero, en cualquiera de sus muchas formas, son ellos los que suelen iniciar la interacción política violenta, los que a veces provocan que la interacción política no violenta se torne violenta y, con frecuencia, los que determinan los resultados de la interacción política, sea o no violenta.

Ese lugar complejo pero central que ocupan los especialistas en violencia tiene tres grandes implicaciones para el estudio de la violencia colectiva. En primer lugar, aunque ayudará a empezar a establecer distinciones entre los agentes del gobierno, los miembros del sistema político, los desafidores y los actores políticos externos, al

nar más de cerca los regímenes y episodios políticos reales tendremos que reconocer la presencia de actores móviles e intermediarios, entre los que destacarán los dedores políticos y los especialistas en la violencia. La simple división entre «fuerzas del orden» y «fuerzas del desorden» no puede captar de ninguna manera las complejidades sociales que generan la violencia colectiva.

En segundo lugar, los especialistas en violencia no sólo sirven a los intereses de las superiores (gobiernos, partidos, comunidades, grupos étnicos u otros) con quienes suelen estar alineadas. Siguen su propia dinámica. Ejercen regularmente la presión y el acaparamiento de oportunidades, a veces a expensas de sus propios empleados nominales. Cualquier explicación de las variaciones dentro de la violencia colectiva tendrá que explicar, como mínimo, cómo esos especialistas llegan a controlar los medios y las habilidades de coerción. Además, los especialistas en violencia difieren ampliamente entre sí por las oportunidades que ofrecen que asignan a los especialistas en la violencia. No nos cabe otra opción que prestar atención a la forma de cuidar y alimentar los medios de violencia: reclutamiento y organización de fuerzas militares, abastecimiento de armas, lazos entre el ejército y los flujos de armas, impuestos destinados a la guerra, la toma de rehén como un modo de obtener ingresos y la utilización de los especialistas en violencia como parte de los actores políticos establecidos.

En tercer lugar, el carácter de las relaciones entre un gobierno y los especialistas en violencia afecta fuertemente al alcance que tiene y al lugar que ocupa la violencia colectiva dentro de un régimen. En general, la violencia colectiva aumenta en la medida en que aumentan las dimensiones, el ámbito geográfico, los recursos y la capacidad de las organizaciones especializadas en el empleo de medios coercitivos: fuerzas policiales, bandillaje coordinado, confederaciones piratas, empresas paramilitares, cuadrillas de chantajistas a cambio de protección y similares. Sin embargo, el control público y democrático de los especialistas en la violencia anula estos efectos. A la inversa, la violencia colectiva aumenta cuanto más escapan los especialistas al control público y democrático (de lo que se sigue una valiosa regla general: la policía de un régimen responde directamente ante las autoridades militares de las civiles, el régimen es casi con toda seguridad no democrático).

En cuarto lugar, lo que se trata es de la utilización de la coerción dirigida por el gobierno contra de los desafidores, la violencia colectiva aumenta más cuanto mayores son las oportunidades para la venganza privada y los incentivos para la depredación. Ofrecen las organizaciones de especialistas en la violencia. Allí donde la participación en la violencia organizada abre nuevas vías para la obtención de poder y económico, la violencia colectiva se multiplica. De forma muy particular, la capacidad de poder por parte de los especialistas en la violencia propicia los tipos de interacción violenta que he dado en llamar destrucción coordinada y oportunista. Los especialistas en la violencia no recurren a los daños por mero placer o por orgullo, sino que les reporta, sino que utilizan la violencia y las amenazas de esta para sus propios proyectos.

En quinto lugar, la amplia variedad de violencia colectiva, la interacción de los especialistas en violencia y los emprendedores políticos entre sí y con los demás actores políticos, muy considerablemente al alcance, el carácter y los objetos de los daños que se

provocan. No obstante, el lugar que ocupan en la política pública los especialistas en violencia y los emprendedores políticos varía de manera sistemática en función del tipo de régimen.

## LA VARIACIÓN EN LOS TIPOS DE RÉGIMEN

Los regímenes varían en dos dimensiones distintas que afectan al carácter y a la intensidad de la violencia colectiva que se genera en su seno: capacidad y democracia. La *capacidad del gobierno* hace referencia al grado en que los agentes gubernamentales controlan los recursos, las actividades y las poblaciones dentro del territorio en que ejercen el gobierno. Varía en principio desde la práctica ausencia de control (capacidad baja) hasta el control casi absoluto (capacidad alta). No obstante, en la práctica, los gobiernos que no ejercen un control significativo de los recursos no sobreviven mucho tiempo. Se hunden, por el contrario, debido a las presiones internas o a la invasión de los gobiernos adyacentes. En el extremo opuesto, ningún régimen ha llegado nunca a estar próximo al control absoluto. Incluso Hitler y Stalin en su momento de apogeo distaban mucho de controlar todos los recursos, las actividades y las poblaciones existentes en todas partes dentro de sus regímenes.

La *democracia* hace referencia al grado en que los miembros de la población sometida a la jurisdicción de un gobierno mantienen unas relaciones generalizadas e iguales con los agentes del gobierno, ejercen el control colectivo sobre el personal y los recursos del gobierno y gozan de protección frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno. Al igual que sus contrapartidas no democráticas, los gobiernos de los regímenes democráticos también se dedican al acaparamiento de oportunidades y a la explotación. Por ejemplo, todos los regímenes democráticos reales dedican una parte significativa de sus esfuerzos a privar a los no ciudadanos de los beneficios de la ciudadanía. No obstante, en un régimen democrático la proporción de la población que comparte de hecho los beneficios del acaparamiento de oportunidades y de la explotación es mucho mayor que en los regímenes no democráticos.

En los más de cinco mil años que hace que las principales partes del mundo se gobiernan por medio de gobiernos de mayor escala que el de la aldea, la enorme mayoría de los regímenes han funcionado con escasa o nula democracia. Sólo en los últimos dos siglos ha aparecido un número significativo de regímenes democráticos. Incluso hoy en día, sólo una minoría de los regímenes mundiales combinan unas relaciones relativamente generalizadas e iguales entre ciudadanos y agentes del gobierno con el control popular del personal y los recursos del gobierno y con una protección sustancial de los ciudadanos frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno.

Así pues, al igual que la capacidad de gobierno, la democracia es cuestión de grado. La figura 2.1 esquematiza la variación entre regímenes en términos de capacidad y democracia. En ella, tanto la capacidad como la democracia varían de 0 a 1. Para ambas dimensiones, 0 representa el nivel más bajo observado en la historia, y 1, el más alto. El ángulo inferior izquierdo del diagrama combina una reducida capacidad de gobierno con escasa democracia. Podemos denominarla la zona de la «tiranía

entrada», porque en un régimen de ese estilo los señores de la guerra, los banditos depredadores políticos es habitual que, al progresar, choquen con los naves nominales o los desafien.

El ángulo superior izquierdo del gráfico comprende la zona de «autoritarismo»: capacidad de gobierno muy alta con poca o nula democracia. El ángulo superior o contiene la zona de la «ciudadanía», en la que los agentes del gobierno están a categorías enteras de la población por unos derechos y unas obligaciones ente amplios e iguales. No obstante, existe una zona de intersección de ciudad y autoritarismo, dado que algunos regímenes combinan un sistema de derechos y obligaciones generalizados e iguales con un escaso o nulo control popular el gobierno y una mínima protección frente a las actuaciones arbitrarias del o. La ciudadanía en esos regímenes no es democrática, sino autoritaria.

En conjunto, la proporción del total de violencia colectiva en que se hallan directos e implicados los agentes del gobierno aumenta cuanto mayor es la capacidad gobierno. Es más elevada en la parte alta que en la parte baja de la figura 2.1. hablo de la cantidad absoluta de violencia colectiva —por ejemplo, las muertes enfrentamiento violento—, sino del porcentaje de enfrentamientos violentos en participan directamente tropas, policía, cargos públicos y demás agentes del omo; más adelante volveremos a hablar de los niveles globales de violencia.) La rcción aumenta por varias razones:

que los gobiernos con una mayor capacidad supervisan una mayor proporción todas las interacciones reivindicativas para intervenir (con consecuencias a violentas) en aquellas interacciones que sus agentes desaprueban;

que los regímenes con una mayor capacidad supervisan especialmente de cerca las interacciones políticas en que se ven implicados especialistas en la violencia no gubernamentales;

que en los regímenes con una mayor capacidad son más altos los costes que tiene para los actores no gubernamentales el utilizar medios violentos como tema de reivindicación;

porque los gobiernos con una mayor capacidad han aumentado su parte correspondiente del total de medios de violencia existentes y atacan cualquier concentración independiente de dichos medios;

y porque los regímenes con una mayor capacidad imponen una gran cantidad de exigencias a los demás y las respaldan con la amenaza de causar daños.

Existe una exigua corriente que va en la dirección contraria: las formas de violencia que las autoridades califican de terrorismo también se concentran en los regímenes de capacidad alta. Cuando unos actores políticos organizados pero excluidos enfrentan a un régimen de capacidad alta, escogen con frecuencia para enfrentarse una cierta combinación de comunicaciones subterráneas con ataques físicos clandestinos a la persona o propiedades de sus gobernantes o de sus enemigos. Esta corriente dista mucho de invertir la correlación general de la capacidad de gobierno con la implicación directa de los agentes del gobierno en la violencia colectiva. ¿Y qué ocurre con la democracia? Con dos grandes salvedades, la violencia colec-

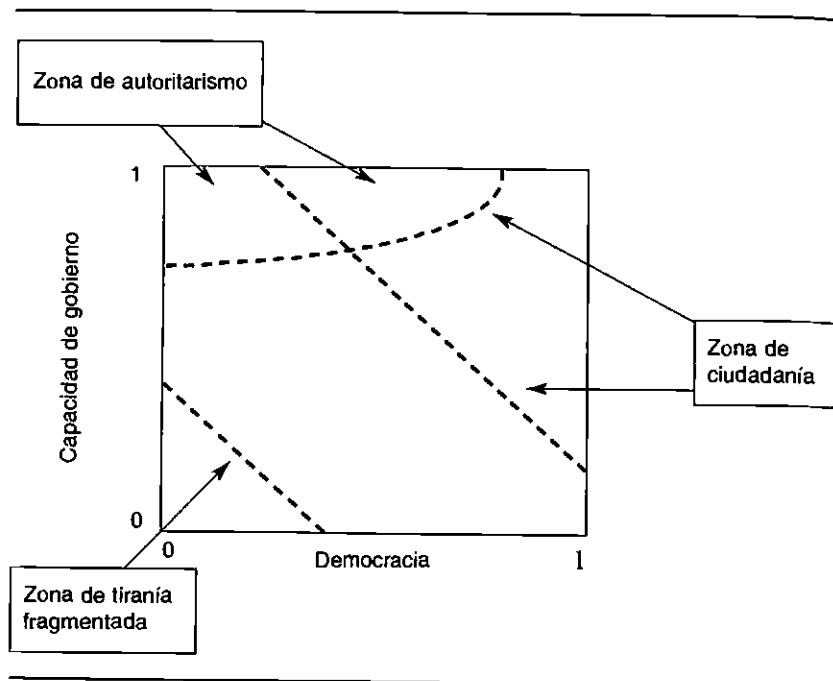


Figura 2.1 Tipos de régimen

tiva disminuye con la democratización. Los regímenes democráticos, por término medio, albergan menor cantidad de violencia colectiva que los regímenes no democráticos. La ampliación de la participación política, la extensión y la igualación de los derechos políticos, la regularización de medios no violentos de realizar reivindicaciones y la mayor disposición de terceras partes a intervenir en contra de la resolución violenta de las disputas que envuelven a las reivindicaciones restan fuerza todos ellos a los procesos que generan las contiendas violentas.

Las salvedades son las siguientes. En primer lugar, los propios gobiernos democráticos emplean con frecuencia la violencia contra sus enemigos externos, así como contra los actores políticos excluidos y contra determinadas categorías de la población dentro de su jurisdicción. Aunque la guerra entre estados, la detención punitiva y la brutalidad policial selectiva quizás acabaran desvaneciéndose en una democracia idealmente completa, nada de ello ha desaparecido con la democratización realmente existente (Chevigny, 1999; Davenport, 2000; Geller y Singer, 1998; Gowa, 1999; Huggins, 1998; della Porta y Reiter, 1998). Después de todo, unos Estados Unidos democráticos internaron a toda la población japonesa-americana en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial (Korek y Rigoulot, 2000).

En segundo lugar, en el camino hacia la democratización las luchas suelen volverse *más* violentas durante un periodo, según va en aumento lo que hay en juego en

n con quién saldrá beneficiado o saldrá perdiendo con las instituciones democráticas. Las oleadas de democratización suelen producirse después de guerras violentas entre estados, de guerras civiles y de revoluciones; entre los casos en que así ha figurado la democratización de Suiza después de la guerra civil de los urbernd, de los Estados Unidos después de la Guerra Civil, de Francia después de la Comuna de 1871 y de Japón y Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. La lucha precede tanto como acompaña a la democratización.

## LA INTERACCIÓN POLÍTICA BAJO DISTINTOS TIPOS DE RÉGIMEN

control que ejerce un régimen sobre las acciones reivindicativas afecta notablemente a la violencia colectiva, aunque sea de manera indirecta. Los agentes del gobierno, los miembros del sistema político, los desafiantes y los sujetos interactúan de formas muy variadas, la mayoría de las cuales no implican acciones de reivindicación.

La mayor parte del tiempo, las personas pagan los impuestos, compran servicios, desempeñan sus funciones militares, responden a los censos, cobran pensiones y se interactúan de otras diversas maneras con los gobiernos sin enfrascarse en contiendas. No suelen llevar a cabo acciones reivindicativas discontinuas, públicas y colectivas. No obstante, a veces los actores políticos sí que se plantean entre sí reivindicaciones conflictivas. A veces, tales actos de reivindicación incluyen el hecho de infligir daños a personas o a propiedades. Llegados a ese punto, las interacciones se convierten en de lo que aquí intentamos estudiar.

Es posible pensar en la reivindicación colectiva como una obra teatral interactiva. Como los miembros experimentados de un grupo teatral, los actores políticos siguen guiones muy generales que producen consecuencias inesperadas según se van dando manifestaciones, humildes peticiones, campañas electorales, expulsiones de enemigos, tomas de rehenes, sublevaciones urbanas y otras formas de contienda.

Estas actuaciones ponen en relación a pares de actores, o a conjuntos mayores de entre los cuales el par más simple es el formado por un único reivindicador y un único objeto de las reivindicaciones. Con frecuencia, entre los actores en cuestión y también agentes del gobierno, miembros del sistema político y desafiantes, y estos actores son a veces el producto de una nueva movilización entre la población de subdel régimen previamente no movilizada. En cualquier régimen en particular, los actores sólo disponen de un número limitado de obras que representar. Podemos llamar oportunamente a ese conjunto de obras su *repertorio de contienda*.

Por ejemplo, en la Gran Bretaña de la década de 1750, dentro del repertorio de contienda de que disponía ampliamente la población ordinaria figuraban:

*Ataques a las autoridades coercitivas:* liberación de prisioneros; resistencia a la intervención policial en las concentraciones y en los espectáculos; resistencia a las levas; enfrentamientos de los cazadores con los guardabosques; batallas entre contrabandistas y funcionarios reales; oposición con la fuerza al desalojo; motines militares.

*Ataques contra lo que el pueblo designa como ofensas y contra las personas responsables:* «*Rough Music*»;\* escarnio y/o destrucción de símbolos, efigies y/o propiedades de figuras públicas e infractores de la moral; ataques verbales y físicos a malhechores al encontrarlos en espacios públicos; derribo y/o saqueo de edificios peligrosos u ofensivos, incluidos los asilos para pobres a cambio de trabajo y los burdeles; destrozos de tiendas y bares a cuyos propietarios se los acusa de hacer negocios sucios o de violar la moral pública; apropiamiento colectivo de alimentos, acompañado a menudo del saqueo de las dependencias del comerciante y/o de la venta pública de los alimentos a precio inferior al de mercado en ese momento; bloqueo o desvío de cargamentos de comida; destrucción de barreras de peaje; invasión colectiva de tierras cercadas, que a menudo incluía la destrucción de las vallas o de los setos.

*Celebraciones y otras concentraciones por iniciativa popular:* aclamación, escarnio o lapidación de figuras públicas o de sus vehículos; celebración pública por iniciativa popular de grandes acontecimientos (por ejemplo, las elecciones de John Wilkes en la década de 1760) con vitores, bebida y exhibición de símbolos partidistas, fuegos artificiales y, en ocasiones, con la participación por la fuerza de personas reticentes; encendido de luces por la fuerza, que incluía ataques contra las ventanas de los hogares que no las encendían; luchas entre facciones (por ejemplo: irlandeses contra ingleses, o entre grupos rivales de militares).

*Sanciones de los trabajadores contra personas del mismo ramo profesional:* huelgas de trabajadores en múltiples establecimientos de un negocio local; manifestaciones de trabajadores ante las autoridades públicas en disputas comerciales; escarnio o, si no, humillación de trabajadores que violaban los pactos colectivos; destrucción de bienes (por ejemplo, de la seda en los telares y/o de los telares mismos) de los trabajadores o maestros que violaban los pactos colectivos.

*Actos reivindicativos dentro de concentraciones públicas autorizadas (por ejemplo, en el día del alcalde):* toma de postura a través del vitoreo, el abucheo, los ataques y la exhibición de símbolos; ataques a los partidarios de los candidatos electorales; desfile y paseo a hombros de los candidatos; toma de postura en las ejecuciones públicas; ataque o muestras de apoyo a presos objeto de escarnio; salves o abucheos a las figuras públicas (por ejemplo, de la realeza) en el teatro; respuesta colectiva ante frases y personajes de las obras de teatro o de otros entretenimientos; destrucción de teatros en las funciones insatisfactorias (Tilly, 1995).

\* *La Rough Music* o «música ruda» era una forma de castigo de la comunidad extendida por toda Inglaterra. Si se creía que alguien había tenido un mal comportamiento, todos los hombres y mujeres de la población se presentaban a medianoche a la puerta de su casa, gritaban su nombre y golpeaban ollas, cubos, sartenes y cacerolas para llamar la atención sobre el delito y expulsar a la persona del pueblo. [T.]

que no todos cuantos realizaban reivindicaciones en Gran Bretaña te- a todo ese conjunto de actuaciones. Algunas de las actuaciones conecta- ajadores con los maestros; otras vinculaban a los clientes del mercado merciantes locales, etc. En cualquier caso, dentro del repertorio de que dis- personas ordinarias en Gran Bretaña a lo largo de la década de 1750 no las campañas electorales, las concentraciones públicas formales, las mani- callejeras, las iniciativas de peticiones o la creación de asociaciones con especiales, todas las cuales son formas de efectuar reivindicaciones que pasa- bastante comunes en el siglo XIX. Según se fueron haciendo habituales esas ciones, las antiguas fueron desapareciendo.

o moldean la contienda política esos diversos repertorios? Lo más evidente porcionan escenarios aproximados —y unas opciones entre escenarios— para ón política. Gracias a que cuentan con tales escenarios, los participantes los bandos pueden en general coordinar sus acciones de forma más efecti- par las probables consecuencias de las diferentes respuestas y crear interpre- compartidas de los episodios de contienda. También pueden crear esas inter- mientras se está desarrollando el episodio, tanto como una vez conclui- que este episodio empezó siendo un ataque a un infractor de la moral (el empre- bó convirtiéndose en una huelga; este otro episodio comenzó como una cele- pública y acabó siendo una lucha entre facciones, y así sucesivamente.

ibilidad de pasar de un tipo de actuación a otro nos alerta del hecho de que iones varían en su proximidad unas con otras: en su proximidad en térmi- ubicación física, de participantes y de tipos de acción. Durante el siglo XVIII, paciones colectivas de alimentos sólo difícilmente podían acabar dando lugar , pero sí que se convertían fácilmente en ataques populares a infractores tales como los panaderos que burlaban los precios o los comerciantes que mercancías. (Era frecuente que las mujeres tuvieran un papel destacado episodios; estaban especializadas en activar divisorias, relatos y relaciones con carga moral.) Así pues, los repertorios aportan a la lucha colectiva unas plan- e interacción, unas bases para la memoria colectiva y unos lugares de inflexión lucha colectiva.

interacciones entre reivindicadores, incluidos los agentes del gobierno, pro- n importantes alteraciones de los repertorios de contienda. Sin embargo, en er momento dado, los propios gobiernos reaccionan de manera diferente ante versas actuaciones reivindicativas de las que disponen en ese momento los rei- cadores. Podemos distinguir a grandes rasgos entre actuaciones prescritas por los ernos, actuaciones toleradas y actuaciones prohibidas. Las actuaciones *prescritas* yen típicamente las ceremonias de lealtad (por ejemplo, el canto de himnos onales) y la transferencia de recursos (por ejemplo, el dinero de los impuestos y lutamiento militar) al control gubernamental. Las actuaciones *toleradas* varían emente de un régimen a otro, pero característicamente incluyen la interposi- n de recursos legales y las respuestas organizadas ante los infractores morales. De isma manera, las actuaciones *prohibidas* varían significativamente entre regíme- , aunque siempre incluyen los ataques violentos a los gobernantes y contra los del gobierno. El mapa de lo prescrito, lo tolerado y lo prohibido difiere ram-

bién según se halle implicado un actor político u otro. Por lo común, los actores poderosos pueden salirse con la suya con actuaciones que causarían graves problemas a otros actores de menor importancia.

A partir de todas estas distinciones generales, la figura 2.2 presenta una lectura de la relación entre las reacciones de un régimen y la contienda política en función de las variaciones en la capacidad de gobierno y en el grado de democracia. Recuérdese que la capacidad y la democracia hacen referencia al régimen definido por el gobierno nacional de un país, y no por otros subgobiernos dentro de este. Entre los ejemplos pertenecientes a cada una de las categorías de la figura podemos citar:

- *no democráticos de capacidad alta*: China, Irán;
- *no democráticos de capacidad baja*: Somalia, Congo-Kinshasa (anteriormente Zaire);
- *democráticos de capacidad alta*: Alemania, Japón;
- *democráticos de capacidad baja*: Bélgica, Jamaica.

En cada uno de los casos, el óvalo externo de la figura 2.2 representa la totalidad de las interacciones —reivindicativas o de cualquier otro tipo, violentas o no violentas— en las que participa cualquier par de actores políticos sometidos a la jurisdicción de un gobierno. Después, la figura intenta aventurar la variedad de interacciones prescritas por cada tipo de gobierno, así como representar la probabilidad de que los regímenes autoritarios (no democráticos de capacidad alta) prescriban un conjunto más amplio de actuaciones que los demás regímenes. Nuestro argumento es que la gama de actuaciones toleradas aumenta con la democracia, pero disminuye con la capacidad del gobierno.

La democracia hace que aumente la variedad de interacciones aceptables entre actores políticos. Eso se debe, sobre todo, a que cada nuevo actor político recién establecido introduce en la arena política su propio conjunto particular de conexiones sociales y mantiene al menos algunas de ellas. Sin embargo, los regímenes de capacidad alta canalizan las interacciones hacia una gama más limitada que los regímenes de capacidad baja, debido tanto a que los agentes del gobierno tienen un mayor control de todas las interacciones como a que los sectores dominantes colaboran con el gobierno a la hora de poner su sello a las formas aceptables e inaceptables de interactuar en público. En Gran Bretaña, podemos datar la incorporación de la burguesía industrial a la política pública de un régimen de capacidad creciente en 1832, con el Acta de Reforma de ese mismo año. La adquisición de poder por parte de la burguesía aumentó la importancia en la política pública británica de los medios de acción colectiva por ella favorecidos —a través de las asociaciones con fines especiales y de las campañas apoyadas en ellas—, mientras que hizo que las formas de acción directa más antiguas se volvieran más arriesgadas y menos efectivas. Una gran variedad de actuaciones políticas pasaron de ser toleradas a quedar prohibidas.

A continuación, la figura 2.2 relaciona las interacciones *contenciosas* con otras formas de interacción. Incorpora la idea de que, en cualquier régimen real, el repertorio de actuaciones contenciosas es significativamente más reducido que la totalidad de la gama de interacciones entre actores políticos y, normalmente, más reducido que

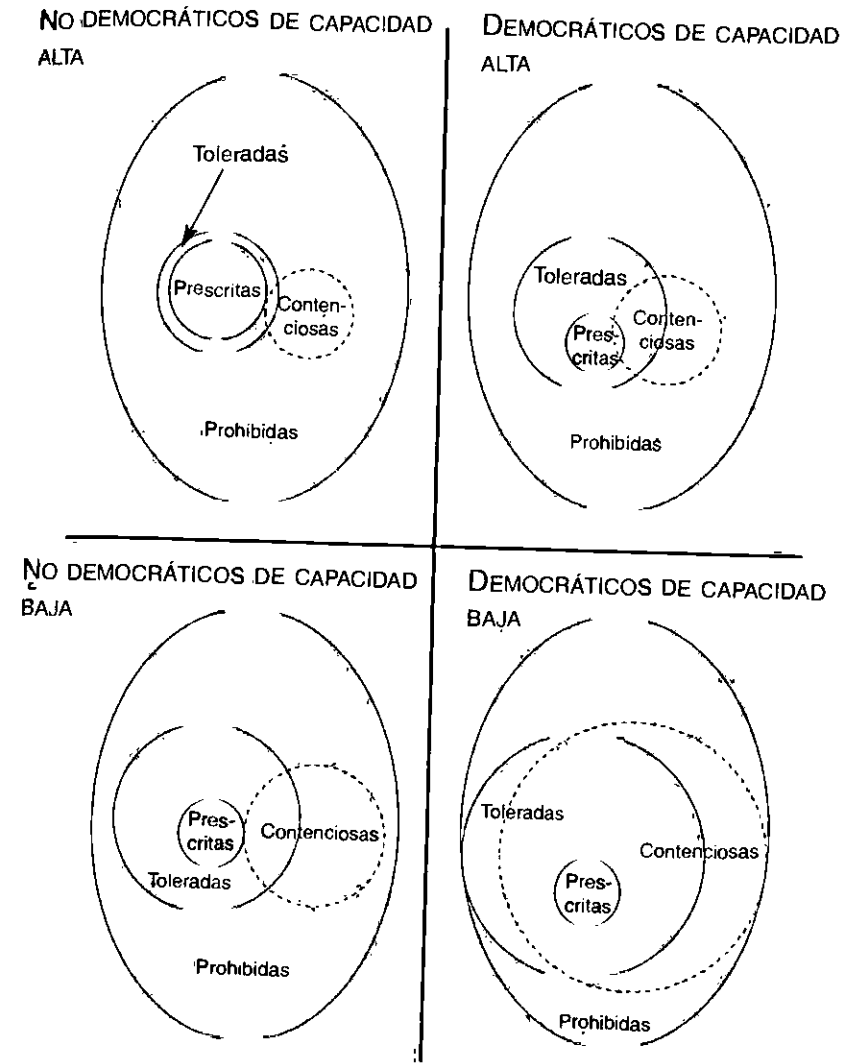


Figura 2.2 Configuración de la interacción política según actuaciones en diversos tipos de régimen

la diversidad de interacciones toleradas. Existe toda una cantidad de interacciones aceptables para el gobierno que se producen sin que concuerden con...



regímenes de capacidad baja experimentan mayores despliegues de interacciones concenciosas porque, en ellos, los agentes del gobierno carecen de medios para controlar las actuaciones reivindicativas, así como porque su actividad política en la esfera pública cuenta con unas relaciones entre actores más variables y particulares.

Los regímenes no democráticos dificultan que las personas desarrollen contiendas reivindicativas en el transcurso de las actuaciones prescritas, donde la gente directamente bajo la supervisión de las autoridades. Algún asesinato esporádico o algunos gritos sediciosos durante una solemne ceremonia real son la excepción que confirma la regla. (La excepción confirma la regla porque en los regímenes no democráticos las escasas personas que violan las actuaciones prescritas para efectuar reivindicaciones casi nunca salen ilesas.) En los regímenes democráticos a veces la contienda reivindicativa se inicia en el transcurso de las actuaciones prescritas, toma cuerpo después en una amplia diversidad de actuaciones toleradas y acaba introduciéndose en el terreno de las actuaciones prohibidas, incluidas las principales formas de violencia colectiva.

¿Qué significa todo eso para cada tipo individual de régimen? Los regímenes no democráticos de capacidad baja, según se sostiene en la figura 2.2, toleran una variedad relativamente amplia de actuaciones debido a su falta de capacidad para ejercer la acción policial sobre ellas. El control se centra en las actuaciones prescritas y en el castigo público y espectacular de las actuaciones prohibidas (cuando se consigue dar caza a los responsables). Como consecuencia, según nuestro argumento, en dichos regímenes la contienda política se da principalmente fuera de las actuaciones prescritas, pero se extiende a todo un espectro limitado de actuaciones toleradas y prohibidas, muchas de las cuales van dirigidas contra centros de poder parcialmente autónomos dentro de la jurisdicción nominal del régimen. Esta generalización se supone que encaja bien con regímenes como los de Congo-Kinshasa, Somalia y similares.

En contraste, los regímenes democráticos de capacidad baja toleran una variedad aún mayor de actuaciones y prohíben relativamente pocas. En estos regímenes, según la figura 2.2, las contiendas se producen tanto en el transcurso de las actuaciones prescritas (por ejemplo, para resistirse a los impuestos y a las levas para el servicio militar), como en la mayor parte de la gama de actuaciones toleradas y hasta bien entrados en la zona de las formas prohibidas de reivindicación. Sin medios gubernamentales para defender los derechos, hacer cumplir las obligaciones y contener los conflictos, según este argumento, una amplia diversidad de actores se enfrasca en esfuerzos colectivos para lograr sus intereses por sus propios medios. Esta generalización se supone que encaja bien con Bélgica, Jamaica y regímenes similares.

Los regímenes democráticos de capacidad alta funcionan de forma bastante diferente. Imponen un número relativamente reducido de actuaciones prescritas, pero vigilan rigurosamente su cumplimiento. Canalizan enérgicamente los actos reivindicativos a través de un conjunto modesto de actuaciones toleradas y prohíben toda una amplia diversidad de formas de reivindicación técnicamente posibles. Como consecuencia, sugiero que la contienda política entra esporádicamente dentro de las actuaciones prescritas (por ejemplo, con la resistencia a la leva para el servicio militar), se da por lo común mediante actuaciones toleradas (por ejemplo, en las manifestaciones públicas), pero a veces toma prestadas formas prohibidas (por ejemplo, con los

destinos a propiedades del gobierno). Estas generalizaciones se supone bien con los regímenes de Alemania, Japón y otros similares.

o, los regímenes no democráticos de capacidad alta prescriben toda una onalmente extensa de actuaciones reivindicativas, sólo dejan un de actuaciones toleradas y prohíben muchas (si no la mayoría) de nes técnicamente posibles. El resultado de un amplio control y de la la minimización del alcance de la contienda política, aunque también se ayor parte de esta al terreno de lo prohibido. Las pocas actuaciones toletilizan ampliamente, pero los reivindicadores colectivos corren constante-riesgo de quedar prohibidos y/o de sufrir represalias. Estas generalizaciones que encajan bien con los regímenes de China, Irán y otros similares.

## REGÍMENES Y VIOLENCIA

tasenos dar ahora un gran salto. Asumamos que todos esos argumentos ntienda política son en general correctos. ¿Cómo podemos proceder a paros para explicar las variaciones en la violencia colectiva? Hay cuatro cabos permitirán tejer un puente provisional. En primer lugar, el patrón que siguen ones prescritas y toleradas dentro de un régimen afecta significativamente claves de las reivindicaciones violentas. En todos los tipos de régimen, una ón significativa de toda la violencia colectiva se produce como resultado de caciones que no empiezan siendo violentas: soldados que abaten a disparos a cadores pacíficos; manifestantes no violentos que empiezan a romper escapa-participantes en procesiones religiosas rivales que comienzan a vapulearse, etc. ue exista una correspondencia aproximada entre las ocasiones en que se pro-actuaciones reivindicativas violentas y no violentas. En los regímenes no demo-de capacidad alta, por ejemplo, sería de esperar que encontráramos una alta ón de violencia colectiva que se ha iniciado a partir de actuaciones prohibi-los regímenes democráticos de capacidad alta, por el contrario, lo que sería de es encontrar que la mayor parte de la violencia se origina a partir de actuaciones

segundo lugar, en muchos regímenes determinadas actuaciones del repertorio o —las más evidentes son los rituales violentos y algunas formas de destrucción — implican directamente infligir daños a personas u objetos. Una porción cativa de las actuaciones del periodo de 1750 en Gran Bretaña que repasába- anteriormente contenían en su interior cierta violencia de pequeña escala.

En tercer lugar, los regímenes que limitan drásticamente el espectro de actuacio- toleradas —lo que quiere decir, especialmente, los regímenes no democráticos de dad elevada— empujan a los reivindicadores que han conservado su capacidad actuar de forma colectiva hacia las actuaciones prohibidas y, por lo tanto, hacia tros que es probable que acarreen resultados violentos.

En cuarto lugar, las diferentes configuraciones de actuaciones prescritas, toleradas rohibidas afectan a la probabilidad de que prevaalezcan las condiciones que propi- formas de violencia en las que los actos lesivos tienen una importancia central,

y no periférica, o en los que existe una fuerte coordinación entre los actores violentos, o ambas cosas a la vez. Como mostraremos detalladamente en los capítulos posteriores, la *centralidad* o *relevancia* de la violencia suele aumentar por lo general (a) cuando los participantes en la interacción política son ellos mismos especialistas de la violencia, (b) conforme aumenta la incertidumbre de los resultados de la interacción, (c) al aumentar lo que se juegan las partes en el resultado y (d) con la ausencia de terceras partes con las que los participantes mantengan unas relaciones estables. La activación y la supresión de distintas identidades políticas (es decir, de conjuntos interrelacionados de líneas divisorias, relatos y relaciones sociales) afectan directamente a las condiciones que acabamos de enumerar, de la (a) a la (d). Pero la facilidad con la que se activan y se suprimen diferentes identidades políticas depende, a su vez, del conjunto de actuaciones prescritas, toleradas y prohibidas por el régimen. Algunos regímenes, por ejemplo, facilitan que los representantes de los linajes (incluidas las representantes femeninas de los linajes) actúen públicamente como tales, mientras que hacen que sea casi imposible que cualquier mujer actúe públicamente en representación del conjunto de las mujeres.

El *grado de coordinación* existente entre los actores violentos aumenta cuando (e) los emprendedores políticos generan conexiones entre individuos y grupos previamente independientes; (f) las autoridades controlan lo que los participantes se juegan en el resultado (tanto las recompensas como los castigos); (g) las categorías en torno a las cuales se dividen los principales bloques de participantes (por ejemplo, género, raza o nacionalidad) están ampliamente presentes en la vida social rutinaria; y (h) los principales participantes se organizan y se entrenan al margen de los choques violentos. La incorporación y la separación afectan poderosamente a las condiciones (e) a (h).

Los procesos de la (a) a la (h) no se pueden distribuir claramente entre los diferentes tipos de régimen. Por ejemplo, aunque por término medio la incertidumbre es mayor en los regímenes de capacidad baja, incluso una generalización como esa ignora de qué forma los desastres y las pérdidas militares convierten a los regímenes de capacidad alta en vulnerables a los ataques. Sin embargo, la forma en que se encuentran configuradas las actuaciones prescritas, toleradas y prohibidas afecta de hecho a los procesos de la (a) a la (h). La tendencia de los regímenes no democráticos de capacidad baja a reprimir las actuaciones prohibidas de manera incompleta e impredecible, por ejemplo, aumenta la centralidad de la violencia en las interacciones contenciosas. Tanto los actores prohibidos como los especialistas de la violencia buscan provocarse daños mutuos de forma más inmediata que en otro tipo de regímenes.

Así pues, el argumento de la figura 2.2 tiene implicaciones significativas para el grado de violencia colectiva presente en un régimen dado, así como para determinar quiénes son los implicados en dicha violencia. Si dejamos de lado las guerras que responden a iniciativas del gobierno, deberíamos esperar que los niveles globales de violencia sean más elevados en los regímenes de capacidad baja, tanto si se trata de regímenes democráticos como no democráticos. Por lo tanto, la implicación general de nuestro argumento con respecto a la violencia colectiva dentro de los sistemas políticos tendría el siguiente aspecto:

*violencia elevada*: regímenes no democráticos de capacidad baja;  
*violencia media*: regímenes no democráticos de capacidad alta y democráticos de capacidad baja;  
*violencia reducida*: regímenes democráticos de capacidad alta.

el mundo experimentara cambios sustanciales de un tipo de régimen a otro, amos esperar que estos afectaran a los niveles globales de violencia colectiva. Si enes no democráticos de capacidad alta pierden capacidad —como sucedió ente con la desintegración de la Unión Soviética después de 1985—, es de que los niveles de violencia aumenten. Si se democratizan muchos regímenes er su capacidad, sería de esperar un aumento a corto plazo de los niveles de colectiva debido a la intensificación de las luchas por el control del régimen, o de un descenso a largo plazo de los encuentros violentos.

o por uno, son todavía más las cosas que cabe esperar para cada tipo de régi- En los *regímenes no democráticos de capacidad baja* como los de Kinshasa y Somalia, es de esperar que tiranos de poco calibre utilicen libre- la coerción, que los cargos del gobierno recurran a castigos violentos cuando atrapar a sus enemigos y que los medios de violencia se encuentren amplia- e repartidos entre los demás actores políticos. En los regímenes *democráticos de acidad*, como Bélgica y Jamaica, lo que se espera es que los cargos del gobier- dediquen menos a la represión violenta pero se produzcan amplias espirales a partir de conflictos inicialmente no violentos, conduzcan a la violencia, dado los agentes del gobierno no sirven para ejercer de terceras partes capaces de ner el cumplimiento de los acuerdos y, mucho menos, para inhibir tales escala-

Cuando de lo que se trata es de *regímenes democráticos de capacidad alta*, como a y Japón, lo que se espera es que existan niveles reducidos de violencia en actuaciones reivindicativas rutinarias, así como un empleo altamente selectivo —y, eso, relativamente poco frecuente— de los medios de violencia por parte de los tes del gobierno. No obstante, en este tipo de regímenes, también esperamos una plia participación de los agentes del gobierno en la violencia colectiva que se pro- (en tanto que iniciadores, objetos de esta o pacificadores). Irónicamente, el tado neto es la maximización del impacto político de la violencia cuando esta lugar. Cada pequeño daño que se produce dramatiza la significación de las estas políticas que están en juego y por las que luchan los participantes, mucho que en los regímenes en los que la violencia colectiva es algo que sucede todos días

Por último, los *regímenes no democráticos de capacidad alta* como China e Irán berían experimentar amenazas de violencia por parte de los agentes del gobierno, frecuente participación de estos en la violencia colectiva cuando esta se produce, una gran variabilidad en la frecuencia real de la violencia colectiva, en función la apertura y el cierre de oportunidades para los disidentes. En este tipo de régi- es, igual que en el caso de los regímenes democráticos de capacidad alta, la vio- cia visible tiende a amplificar la importancia de las apuestas políticas que se bara- en la contienda. El capítulo 3 no probará definitivamente todos estos puntos,

pero, al menos, mostrará que la violencia colectiva varía entre regímenes de maneras que estos argumentos ayudan a explicar.

## REFORMULACIÓN DE LAS CUESTIONES

Al adentrarnos en la contienda política hemos alcanzado ya resultados apreciables. Llegados a este punto, podemos refinar los interrogantes sobre la violencia colectiva que planteábamos en el capítulo anterior. En principio, buscamos la respuesta a las siguientes grandes preguntas.

1. *¿En qué circunstancias, cómo y por qué las personas se plantean mutuamente reivindicaciones colectivas?* El resto de este libro se apoya en las respuestas que ya existen a esta gran pregunta, sin proponer nuevas respuestas excepto en lo tocante a la reivindicación violenta. El presente capítulo ha supuesto un primer examen de cómo la variación en el tipo de régimen y de actores políticos afecta al carácter de las reivindicaciones violentas. También hemos analizado la creación y la activación de diferentes tipos de identidades políticas como elemento crucial para la forma que tome la contienda política.
2. *¿Cuál es la causa de que las distintas formas de reivindicación política incluyan o excluyan la violencia?* Los capítulos posteriores no desvelan ninguna ley general a este respecto. De hecho, identifican un terreno medio en el que la diferencia entre violencia y no violencia depende de la impredecible combinación de pequeñas causas. Sin embargo, el análisis que efectuamos sí que nos proporciona una guía para distinguir entre los procesos sociales de violencia elevada y los de violencia reducida. El presente capítulo ha prestado especial atención a la importancia de los emprendedores políticos, los especialistas en la violencia y el control de los regímenes sobre las diferentes formas de reivindicación. Por lo tanto, ha planteado nuevos interrogantes con respecto a cuál es la forma en que los actores políticos se hacen (o no) con medios de coerción y con respecto a su capacidad para utilizarlos.
3. *Cuando se producen reivindicaciones violentas, ¿qué es lo que explica su variación en la forma, la relevancia y la coordinación de los daños directos infligidos a personas y objetos?* Llegamos así al problema central de esta obra. A partir de las ideas generales sobre la reivindicación, los regímenes y los actores políticos que hemos expuesto en este capítulo, las secciones que siguen a continuación exploran derechamente el cambio y la variación entre episodios de violencia a fin de identificar mecanismos y procesos recurrentes que, en diversas combinaciones, secuencias y escenarios, propician formas particulares de reivindicación violenta a la vez que inhiben otras.

Estas son las cuestiones más apremiantes que guiarán el estudio que llevamos a cabo en el capítulo siguiente de las tendencias y la variación en la violencia colectiva. A continuación, estas mismas cuestiones nos ayudarán a recorrer la espiral de rituales violentos, destrucción coordinada, oportunismo, reyertas, ataques esporádi-

egociaciones rotas. Por último, estas clarificarán de qué manera la activación, la incorporación y la separación interactúan para generar o inhibir la violencia.